

me fue Montserrat  
destino con dos drogas  
y el alcohol Mira  
ideas hippies; mudado  
de Pe...  
justo...  
gita...  
no, alivia en la oscu  
ridad y el miedo pero  
Halal ~~esto que es~~  
~~el mundo~~  
~~tema y...~~

# MI VIDA CON CORAL

CORAL

**Un relato verídico de dos años clave para la salvación de una adolescente, víctima de los tratamientos psiquiátricos tradicionales**

Editorial Juventud

**MONTSERRAT MIRA**

**MI VIDA  
CON CORAL**



**EDITORIAL JUVENTUD, S.A.  
PROVENZA. 101- BARCELONA**

## **MI VIDA CON CORAL**

*por*  
**MONTSERRAT MIRA**

Este libro no pretende atacar a la especialidad psiquiátrica, ni mucho menos a la ciencia médica. El relato verídico del caso aquí presentado, aparte su propio interés humano, alerta apenas en contra del apresuramiento en el diagnóstico y mucho más en contra del apresuramiento en la aplicación de tratamientos peligrosos y violentos - felizmente cada día más abandonados - en casos que, como el presente, podían haber sido solucionados con la simple paciencia, afecto y comprensión.

La personalidad extraña, rebelde y hostil de Coral, la protagonista de esta historia, su rechazo y desvinculación con la realidad en el momento de iniciarse el relato, su falta de pensamiento lógico en algunos aspectos, se habían llegado a producir por una conjunción de factores familiares y ambientales, y a través de la modificación de dichos factores debió haber sido tratada, como lo ha probado su definitiva normalización después de los dos años de convivencia con la autora. Dos años difíciles, violentos, agotadores, pródigos en episodios cómicos y trágicos, narrados en un estilo tan realista, vital y ágil como la propia historia.

## PRÓLOGO

¿Qué es la esquizofrenia?

Etimológicamente, división de la mente. En términos clínicos, implica como premisa la desaparición del juicio racional.

¿Por qué, entonces, se diagnostica esquizofrenia a casos de alteración de conducta en la adolescencia, por grave que sea esta alteración? ¿Y por qué se intenta solucionar estos casos a través de la internación, el electroshock y el coma insulínico?

El relato que sigue no es el de una casualidad ni el de un milagro. Es el relato de una fe, una fe quizás intuitiva e injustificada que permitió que una niña de 16 años, sometida desde los trece a internaciones casi ininterrumpidas y cerca de un centenar de electroshocks y comas insulínicos que no hicieron más que agravar su estado llegada a los dieciocho con una claridad de juicio y esquemas de conducta razonables, y a cumplir sus veinte años feliz, integrada a la sociedad y con más equilibrio y clarividencia que la mayoría de sus miembros.

Este relato fue inicialmente manuscrito en enero de 1976, en un hotel de la ciudad chilena de Punta Arenas, frente al Estrecho de Magallanes, el lugar más solitario y aislado que pude encontrar para satisfacer mis ansias de huida. Huida de los veinte meses de tensión continua que necesitaba volcar en el papel, para librarme de ella. Al regresar a Buenos Aires y pasarlo a máquina, otras motivaciones habían surgido ya. Quién sabe si el deseo contradictorio de retener ese período de mi vida antes de que el tiempo borrara muchos detalles de mi memoria. Quizá, también, la idea de que algún día fuera leído por los padres de Coral, para que comprendieran mejor cosas que no comprendieron en su momento. Y, por qué no, la esperanza de que pudiera llegar a ser leído por muchos otros padres de hijos con problemas semejantes y les ayudara a tener fe en ellos.

Creo que nadie tiene una idea de la cantidad de vidas valiosas perdidas por ese motivo. Coral ha conocido personalmente, a través de sus diversas internaciones, a muchos chicos y chicas condenados a la anulación física y mental progresiva derivada de la estructura tradicional de los hospitales psiquiátricos. Y, lo que es más terrible, condenados a esa muerte lenta del espíritu por sus propios padres, en nombre de un paradójico amor hacia ellos. Mucha gente cree que la clínica privada, lujosa, dirigida por psiquiatras de renombre y aplicando técnicas terapéuticas avanzadas, es diferente. Es sólo diferente en el lujo y en el costo: sigue siendo una cárcel. La ley ofrece a cualquier delincuente la oportunidad de defenderse y, en casos de condena, sabe cuál será la duración de la misma; pero niega totalmente cualquier oportunidad de defensa a los «acusados» por los médicos psiquiatras. En el caso de los menores de edad, el problema se agrava, pues basta la simple conformidad de los padres (convencidos de que obran por el bien de su hijo) para consumir el fatal error.

No puedo aportar aquí estadísticas en favor de mis teorías porque las desconozco, y posiblemente no existan. Pero tengo la seguridad de que si existieran, serían escasísimos los casos de trastornos de conducta resueltos a través de una internación psiquiátrica forzada y prolongada.

Sé que hay muchísimos psiquiatras que piensan como yo, sin hablar de los psicólogos y psicoanalistas. Algunos de ellos me han dicho: «¿Pero piensa usted

que las familias internan a sus miembros-problema para curarlos? ¡Los internan para librarse de ellos!»

La lucha en este campo es llevada, pues, por los propios profesionales conscientes, en contra de aquellos para los cuales el «enfermo» es un buen negocio. Por eso yo pretendo aquí ofrecer apenas mi experiencia de un caso. Pero aunque sólo existiera éste, en el terreno de la verdadera justicia y de la verdadera ciencia, sería ya suficiente para revisar los conceptos tradicionales sobre el tema.

Éste es el mayor anhelo de Coral, y el mío.

Montserrat Mira

## ANTECEDENTES

INFORME PREPARADO POR LA MADRE DE  
CORAL EN DICIEMBRE DE 1973, DIRIGIDO  
AL DIRECTOR DE UN CENTRO PSIQUIÁTRICO  
DE INTERNACIÓN CUBANO

«Coral nació en Santiago de Chile el 14 de diciembre de 1957, o sea que pasado mañana va a cumplir dieciséis años. Es hija de profesores universitarios, dedicados al arte, ambos de nacionalidad española. Tiene dos hermanas mayores, de diecisiete y veinte años, y dos medio hermanas del primer matrimonio de su padre, que ahora ya va por el tercero. Es nieta de un psiquiatra y psicólogo de fama mundial, fallecido en 1964. Siempre vivió con su madre y hermanas, debido a que el padre dejó el hogar cuando ella contaba dos meses de edad, viniendo más o menos una vez al año, por períodos cortos. El padre vive en el extranjero, y los demás familiares de Coral, también. Siempre fue muy afectiva (demasiado), buena, sensible, cariñosa, inteligente y artista, pero con gran falta de concentración. Muy alegre y positiva hasta los diez u once años, en que la enfermedad o las drogas empezaron a cambiarla. El diagnóstico médico fue y sigue siendo «síndrome hebefrénico en una adicta a marihuana». A los trece y catorce años es cuando estuvo peor: mutismo, ambivalencia, agresividad, odio hacia la madre y hacia todo el mundo, alucinaciones, crisis recurrentes, intento de suicidio, fugas constantes de las clínicas, despersonalización total, depresión, falta de interés por todo, etcétera. Desde que se escapó definitivamente de la clínica y estuvo de nuevo en contacto con la naturaleza, libre y apoyada por familiares y amigos, mejoró notablemente, pero sin dejar las drogas. Desde el punto de vista médico, los tratamientos seguidos fueron: "Cloropromazina" (tres meses), "Valium" (un mes), "Meleril" (varios meses), cuatro electroshocks combinados con cura insuínica (más o menos, treinta y cuatro comas). Año 1971: ingresa en la Clínica Psiquiátrica de la Universidad de Chile, en donde está un año con fugas continuadas, cada mes, cada quince días, cada semana, etc. Queda a cargo del doctor O. D., considerado el mejor especialista en esquizofrenia. Electroencefalograma que resulta anormal en el sentido de un daño orgánico que compromete fundamentalmente los lóbulos frontales y temporales. El diagnóstico del doctor O. D. es: síndrome orgánico secundario a abuso de drogas; en todo caso, le parece que fenomenológicamente se parece más a un cambio orgánico de la personalidad que a una esquizofrenia. Permanentemente tiene risas inmotivadas, lenguaje procaz, va sucia, desgreñada, juega con las manos, e insiste en que quiere ir a vivir con los hippies. Año 1972: Empieza con cura de "Reserpina", disminuyendo el "Meleril". Después empiezan con el "Hadol" y cambia de médico por viaje del doctor O. D. a Europa. En abril se empieza nueva cura de insulina. Vuelve a cambiar de médico por vacaciones del doctor C. Se le hacen nuevos cuarenta comas. Sigue con el "Hadol". En una de las escapadas es violada y luego sigue con relaciones sexuales cada vez que se escapa. Se le recomiendan anticonceptivos. Nunca estuvo tan mal como este año. 1973: Está en tratamiento por primera vez con una mujer psiquiatra, la doctora M. B., quien le da más afecto y atención que los doctores varones. Se

escapa el 9 de enero de la Clínica Psiquiátrica de la Universidad de Chile y llega hasta el norte del país a dedo, en camiones, emborrachándose, durmiendo al aire libre, etc. No tenemos datos de ella por más que se la busca por todos los medios de comunicación. Finalmente se la encuentra, se la trae de vuelta a Santiago y se decide no internarla más. Se le coloca una enfermera particular, que dura un mes; luego otra joven, que dura dos meses, y luego vuelve a vivir con la madre y hermanas, pero la convivencia con ella se hace muy difícil por lo que ensucia, por lo que quema, por lo que rompe, lo que roban sus amigos que vienen a verla, etc. Va mejorando un poco gracias a la psicoterapia que se le hace más o menos regularmente desde mediados de año; pero nunca dura más de dos o tres meses con el mismo médico. Se le hace un examen psicológico, que es mucho más positivo que los anteriores; se le hace nuevo electroencefalograma, que ya no acusa lesión frontal, sino que está dentro de los límites normales, pero siempre se escapa de noche de la casa y a veces regresa al día siguiente o a los dos días. Al drogarse se vuelve agresiva. Odia a la madre, a la casa; insulta, dice palabrotas, etcétera. Según el ambiente en que está, así actúa. Hace a veces esfuerzos por portarse mejor. Está delgada y encorvada, pero el mejoramiento desde que dejó la clínica ha sido abismal. Sale sola y regresa al hogar. Deja dicho adonde va (aun cuando a veces por el camino cambia de opinión); siempre concurre a casa de sus viejos amigos (drogadictos), pero ahora ella no toma droga ni alcohol, salvo raras excepciones.

»Desde el 11 de septiembre regresa antes del toque de queda, o sea que está consciente del peligro, cosa que antes no estaba. Se arregla más y se baña todos los días. No hace nada en todo el día más que escuchar música. Le encanta bailar. Toca piano, guitarra y flauta (antes bien, ahora mal), y su obsesión es hacer una película sobre las drogas y ser la protagonista. Se la motiva a que la escriba y lo está haciendo. Es muy comunicativa y se hace amiga de todo el mundo en seguida; trata a todos por igual, grandes o chicos, viejos o no. Últimamente dejó el "Hadol para colocarse unas inyecciones de los Laboratorios Squibb, que fueron traídas de Alemania, "Dapotum D", que le han hecho mucho bien y que se le colocan cada quince días, al mismo tiempo que se le dan tres pastillas diarias de "Artane" para compensar. Necesita salir de este ambiente, que constituye para ella un círculo vicioso. Necesita independizarse de la madre, de la cual depende y a la cual trata casi como esclava, a pesar de que la adora. Tiene altos y bajos, pasa de la risa al llanto, no es rencorosa y es buena amiga. Por consejo del Dr.G.A. que estuvo allá, recomienda que sea tratada por el doctor G. B., en el caso de ser aceptada, pues necesita un centro de rehabilitación y la familia opina que éste sería el mejor, dado su carácter alegre y sus condiciones artísticas. El abuelo de la paciente era amigo del doctor A. y de muchos otros psiquiatras de ese país, habiéndolo visitado en diversas ocasiones para dictar cursos y conferencias.»

(1) Impuesto por el gobierno militar después del golpe de esa fecha, y en virtud del cual cualquier persona que circulara por la calle después de una hora determinada de la noche podía ser muerta instantáneamente. — N. de la A.

## PRIMERA PARTE

1974

Considerando que en Cuba existirían centros psiquiátricos avanzados y gratuitos a cargo de médicos que se interesarían especialmente por Coral, debido a su antigua amistad con nuestro padre, mi hermana había proyectado, con la aprobación de su ex esposo, enviar a Coral sola a Cuba.

Cuando lo supe, escribí tanto a ella como a mi ex cuñado expresando mi opinión contraria al proyecto y ofreciéndome para buscar en Buenos Aires, donde yo vivía, alguna clínica adecuada, tanto por su estructura como por su precio, a fin de que Coral estuviera por lo menos en algún país donde tuviera un familiar que se interesara por ella (en este caso yo). Me ofrecí también a buscar un psiquiatra argentino que se hiciera cargo del caso y a ir a visitarla regularmente a la clínica. Mientras estaba esperando contestación del padre de Coral respecto de su aceptación del precio de una que le había propuesto, recibí la siguiente carta:

Santiago, 19 de marzo de 1974.

*Querida Montserrat:*

*Coral ha tenido un pequeño retroceso en estos últimos días, por lo que creo muy necesario cambiarla de ambiente cuanto antes (ha vuelto a decir que no puede seguir más viviendo conmigo, rompiendo vidrios e intentando cortarse las venas, etc.), por lo que he reservado pasaje para ella sola en Aerolíneas Argentinas (que hace escala en Rosario pero llega al Aeroparque, para que no tengáis que ir sin auto a Ezeiza) el viernes 29 de este mes. El apoderado de su padre no tiene dinero, pues éste dijo que te lo enviaría directamente a ti, pero si tú no pudieses (por ser fin de mes) pagar los sesenta y cinco dólares que cuesta su pasaje en la oficina de Aerolíneas en Buenos Aires, de alguna forma lo pagaríamos nosotros aquí.*

*La niña, la historia clínica, etc., irían a cargo de la azafata, con la recomendación de que la entregara directamente a ti. El avión llega a horas fuera de oficina. Mi consejo es el siguiente: que le reserves habitación (la más barata por ahora) para el primero de abril en el lugar que te recomendó el doctor A. (seguramente después habrá que cambiarla a una habitación sola, pues esta noche, por ejemplo, no ha dormido en toda la noche, teniendo la radio encendida y las luces, comiendo, bañándose, etcétera, hasta las nueve de la mañana, en que se acostó), diciéndole que es necesario para hacerle los tests y exámenes hasta ver qué decide el médico (llevarla a algún centro de rehabilitación especializado, etc.); si la lleva Sergio o cualquier muchacho joven, no habrá inconveniente; viernes, sábado y domingo podría quedarse en tu casa para que tú hicieses una prueba; si el doctor A. le puede hacer los exámenes en la clínica, mejor, así como la psicoterapia; si no, habrá que esperar hasta contar con alguien*



que la llevase las veces que fuera necesario a su consultorio. Yo ya no doy más, y Coral necesita sin falta un médico, pues los de aquí hace ya tiempo que no la ven, con la idea de que ya se va a Buenos Aires\*

Ni Leopoldo ni yo queremos en absoluto más electroshocks ni comas insulínicas. Ella está con unas inyecciones que te enviaremos para que las vea el doctor A. y que se colocan, según los casos, cada quince días o cada veintidós, y hay que guardarlas en la nevera y colocarle únicamente un centímetro cúbico por vez (el doctor D. le dará una carta al doctor A. Fuera de esto, sólo toma vitaminas. Ha adelgazado mucho y, como te digo, ha habido últimamente un retroceso, por lo que considero casi imposible que pueda estar en tu casa, a pesar de tu buena voluntad; naturalmente que puede salir con el permiso médico, pero siempre acompañada, y hay que conseguir con Sergio amigos que la vayan a visitar para que no se encuentre sola. Necesita mucho afecto, pero también mano dura. A mí me tiene de esclava y, según todos, conviene que esté lejos de mí, por lo menos un tiempo. Además, ayer tuve la entrevista (obligatoria) con el fiscal (todo el profesorado debe pasar por él), y mucho me temo que no habré quedado (1). Si no he quedado, mejor, pues así no tendré que pedir permiso, pero pasarán unos días antes de saberlo. Según el resultado, alquilaré la casa con muebles o la venderé, por lo que calculo que no podré llegar a Buenos Aires hasta mediados o fines de abril, a pesar de que mis deseos serían de ir cuanto antes y sobre todo pasar el cumpleaños de mamá junto a ella. Pero es ridículo que me vaya para regresar en seguida, por lo que prefiero dejar todo bien arreglado aquí antes de irme.

Si no te va bien recibir a Coral el 29 de este mes, avísame en seguida, para cambiar la fecha; hazlo a través de Aerolíneas, que lo comunicará a la agencia de viajes que se cuida de los papeles de Coral y que te daré el nombre después, pues todo se' me olvida. De la columna estoy pésimo; de la vista también, pero en cuanto pueda descansar un poco espero que mejoraré y tendré nuevamente ánimos. Escribe inmediatamente a Leopoldo para que envíe mínimo doscientos dólares para cubrir los gastos de pasaje e internación y dile por favor que la psicoterapia del médico es aparte. Coral necesita una seguridad permanente con algún hombre, cosa que no ha tenido nunca, y mal va a poder dársela el doctor A. si no cobra. Que le haga un precio especial, si quiere, pero que cobre.

Yo le explicaré lo mismo que a ti. Que los dos primeros días estará en tu casa y después en un «Centro» (no quiere oír hablar de clínicas) para hacerle exámenes y observar las causas de sus dolores, sueños, etc. Por una semana no se escapará, pero, en general, habrá que recomendar extrema vigilancia. Tiene la manía de zamparse pastillas, así que no dejes ninguna a mano; lo único que desea es evadirse de la realidad, de cualquier forma. Tiene tricomonas (se está haciendo un tratamiento) y fuma como una chimenea, por lo cual sería bueno que el médico le dijera una vez más lo pernicioso que esto es para sus pulmones, pues tiene una bronquitis salvaje. De la cabeza está bien. Raciocina bien, se puede conversar con ella, quiere aprender inglés, repasar matemáticas, etc., así que habría que aprovechar esas posibilidades.

Es importante que tenga permiso para llamarte por teléfono a ti o a la mamá Pilar (2) desde la clínica cuando se sienta sola, pues esto la tranquiliza mucho (no sé cuál será el reglamento allá). En fin, que se porta mejor con los demás que conmigo, en otras casas que en la mía. Lo de dejar los cigarrillos encendidos en cualquier parte y que, desde luego, constituye un peligro, no es culpa de ella, pues se olvida de todo debido a los tratamientos que se le hicieron, pero si se le

*insiste, puede y debe tener más cuidado.*

*No le pongas cosas buenas a su alrededor, pues todo se le cae. No te gastes en comprarle ropa, pues tiene montones pero siempre va vestida un asco. Tiene ideas fijas y no hay quien se las saque; por esto es tan importante que esté con un tratamiento médico prolongado. Si el ambiente de la clínica le hiciese maí, habría que buscar otro inmediatamente. Ya me lo comunicarías.*

*Bueno, me imagino que ya te habré asustado bastante con todo lo que te cuento, pero prefiero que la encuentres mejor de lo que crees y no peor. Ella no es agresiva más que consigo misma y conmigo, pero a veces se le nota en la mirada la gente que no le cae bien, aunque se domina. No esperes que coma en la mesa; generalmente lo hace en la cocina, pero quizás en tu casa aguantaría, estando acompañada con gente que le guste.*

*No dejes de escribirme en seguida. Dile a mamá que ella no tiene que hacer nada, para que no se preocupe, que yo le agradezco muchísimo su invitación y que iré lo antes posible. Muchos besos y abrazos y todo mi agradecimiento.*

*Pilarín*

(1) Se refiere a entrevistas de averiguación de antecedentes políticos que se hicieron en todo Chile después del golpe de septiembre de 1973.

(2) "Mamy Pilar" era el nombre con el que nuestra madre prefería hacerse llamar por sus nietos, en vez de "abuela".

\* \* \*

La carta me fue entregada por el portero una noche al volver del trabajo, afortunadamente acompañada por mi excelente y serena amiga Andrea:

- ¡Cálmate, Montserrat, cálmate!

-¡Horror! ¿Qué hacemos? Vamos a buscar a Gorgonio y a Sergio

Esta actitud mía, recurrente a lo largo de mi vida, es vivido ejemplo de la falta de capacidad de aprendizaje o de «asimilación de la experiencia» de la que me acusaba Rubén, mi segundo ex marido. Nunca me ha servido de nada «buscar a Gorgonio y a Sergio», pero puede disculparse mi obcecación si se toma en cuenta que son, respectivamente, mi primer ex marido y mí hijo.

La exclamación «¡Horror!», muy habitual en mí, pero bastante justificada por la lectura de la carta, se justifica aún más pensando que en esos momentos yo debía casi el equivalente de un sueldo total mío, sin ninguna perspectiva de posible solución al problema.

Tomamos un taxi y pasamos a buscar á Gorgonio, y de allí seguimos para el lugar nocturno donde cantaba Sergio, con la esperanza de lograr algo parecido a una reunión de consejo familiar, pues la carta anunciaba la llegada el viernes 29 y esta escena ocurrió el jueves 28.

Nos encontramos con Jorge y Cristina, dos de los integrantes del cuarteto vocal, que salían.

— No vamos a cantar; Sergio ha avisado que no puede venir porque tiene un ataque de hígado.

En el viejo Citroen de Jorge, a una velocidad sideral, llegamos a casa de Sergio — departamento pequeño, de dos habitaciones — y lo encontramos totalmente amarillo, tirado en la cama.

Aparte los coincidentes comentarios sobre lo dramático de la situación, la única idea positiva surgió de Andrea:

-Llamá mañana temprano. Quizá puedas convencerla de que atrase el viaje.(\*)

*(\*) en los diálogos, para mayor veracidad, mantendré los localismos del lenguaje, tanto argentinos como chilenos\* — N. de la A.*

## La llegada

Coral llegó finalmente la noche del 3 de abril, y el día 1º, por una de esas ayudas imprevistas celestiales que ornamentan mí vida, me habían aumentado notablemente el sueldo. Omito detallar los telegramas, llamadas telefónicas y cambios de fechas que precedieron a su llegada. El caso es que llegó, y Sergio me acompañó a buscarla. Nuestro primer contacto fue estupendo: un intercambio de cumplidos, encontrándonos mutuamente preciosas.

Yo le había preparado el dormitorio al lado del mío — separados por un pasillito y un cuarto de baño — y había estudiado cuidadosamente la decoración,

para que resultara sobria y al mismo tiempo alegre y estimulante. Había comprado especialmente una cama doble (por si fuera necesario cuidarla durante la noche), con gran desesperación de su madre: «Te la romperá; no sé por qué no me haces caso; ponía en la habitación de servicio, con sábanas viejas.»

Aquí surge otra constante mía que la experiencia no logra abatir: creer que si uno presupone algo ante otra persona, esa persona queda inducida psicológicamente a aceptarlo. En este caso, si yo recibía a Coral dando por supuesto que ella merecía ser recibida en un cuarto bonito, con muebles nuevos, ella mecánicamente asimilaba esa situación y actuaría como merecedora de ese cuarto. (El mismo razonamiento aplicado en caso contrario: si yo la alojaba, con sábanas viejas, en el cuarto de servicio, ella iba a reaccionar ante esa expectativa mía sobre su destructividad siendo destructiva.)

Nunca durmió de noche. En los primeros tiempos se acostaba hacia las seis de la mañana, después de haber danzado rock frenéticamente con los cinco o seis discos — para mí horribles — que había traído consigo, alternándose con la ingestión de platos de lechuga preparada con enormes cantidades de aceite y vinagre y sazonada, en lo posible, con todas las cosas indigestas (mostaza, mayonesa, pimienta, etc.) que podía encontrar por la casa.

La primera noche — ignorante de todo esto — me instalé vestida a su lado para que se durmiera, y le propuse mirar revistas. Yo estaba reventada de cansancio, estado que debe darse por sobrentendido durante todo el transcurso de este relato. Hasta entonces, yo encontraba que su conducta era bastante normal. Como todas las personas que se acercaban, mi actitud ante ella era estudiada y de falsa naturalidad, exactamente la misma que adoptan la mayoría de los adultos frente a los niños. Al volver las páginas de la revista me encontré con un terrible rostro de un actor maquillado representando al diablo, foto a toda página. Fui a pasar rápidamente de página (¡me había cuidado tanto de colgar en la habitación cuadros con cielos, prados y casitas blancas!) y Coral no me dejó: «¡Moti, es precioso! ¡Me gusta!», y se quedó contemplando embelesada el rostro terrorífico.

Esa noche rompió — sin querer, claro — una botella grande de Coca-cola, llena. Yo me había vuelto a mi dormitorio. A las cuatro de la mañana estaba a cuatro patas recogiendo el líquido salpicado de vidrios, mientras ella me contemplaba cariñosamente desde la cama.

\* \* \*

Mi madre venía a comer al día siguiente. Coral se levantó después de la una, cuando estábamos todos reunidos ya esperando para comer.

Nunca olvidaré su aparición: los ojos rodeados por una aureola de sombra celeste rematada en blanco, pero no colocada con cierta discreción, sino a paletadas. El pelo, con una total semejanza a las espinas de cactus y en banda tricolor: amarillo, negro y amarillo (productos horizontales de sus sucesivos autoteñidos). Alta, flaquísima, una blusa de encaje blanco llena de volantes, una falda de terciopelo negro gastado que se acababa no más de un centímetro debajo de las bragas, unas medias gruesas blancas y unas botas negras altas, viejísimas, anudadas con el cordel más ordinario, que colgaba alegremente desde arriba, sin atar. Profusión de collares largos.



Se sentó algunos minutos a la mesa, pero no comió. La enemistad entre ella y mi madre — a quien llamamos «la mami» — se hizo patente desde el primer momento, dado que estaba ya latente en esta última.

Sergio estuvo presente a la comida, y se mostró tan solícito, comprensivo y fascinante como sabe serlo cuando se lo propone.

### **La primera salida**

— Bueno, Coral, ¿te gustaría ir a cenar y al cine?

En la calle, naturalmente, la gente la miraba. Entramos en el bar-restaurant donde voy y fuimos siempre, cerca de casa. Dirigió una rápida y experta mirada a la concurrencia y se aproximó al joven más peludo y de cabello más largo de todos los presentes, y, por lo tanto, para ella, el más apetecible:

— ¿Me das un cigarro? (\*).

— ¡Pero, Coral, sí tengo yo! Disculpe, señor, se lo doy yo.

Pidió una pizza y se dignó probar dos bocados del queso que la recubría.

— Bueno, vamos al cine.

Entramos. A los diez minutos de revolverse en la silla me dijo: «Tía, me voy afuera a fumar.» Quedé paralizada de horror. Su madre me había dicho: «...y no le des la llave, porque cuando te descuidas se va a la calle y no vuelve, y no la encuentras más.» No sabía qué hacer. ¿Cómo se lo iba a prohibir? Le dije:

«Bueno, pero vuelve en seguida.» Ya no vi la película. Me la imaginaba atravesando la calle Santa Fe, perdiéndose en la noche de Buenos Aires, y yo poniendo un telegrama desconsolado al día siguiente: «Coral extraviada, proseguimos buscando.» Al cabo de un rato ya no pude más. Salí al vestíbulo y la encontré charlando alegremente con la chica que cortaba las entradas. Al rato regresó y me dijo: «Me aburro, me quiero ir.» Subimos al piso. Miró mi guardarropa, sacó una blusa, se la puso y me pidió para bajar un ratito. Le dije: «Diez minutos.» A los diez minutos tocó el portero automático y volvió a subir. Ingenua de mí, yo estaba encantada de la eficacia de mi enfoque pedagógico.

(\*) en Chile llaman “cigarros” a los cigarrillos.

## II

*Coral se compromete:*

1) a dejar los cigarrillos siempre apagados en el senisero, y a no fumar en la cama.

2) a no alzar la dunga (\*\*) por el Balcón.

3) a Portarse según las reglas de Buena educación.

4) a que si se enoja con tía Moti le diga Por que y acepte hablar sobre el asunto, si las dos, hablando, no se ponen de acuerdo elegirán un arbitro.

5.0 a tomar todos los días un Poquito de clase Para ir aprendiendo cosas que la Preparen Para andar sola y para Poder ir al colegio sin uniforme.

Buenos Aires, 3 de mayo de 1974. Coral

*Moti se compromete:*

1º° a darle libertad a Coral para salir con muchachos o muchachas de noche siempre que no sean recién conocidos sino que ya los conozca 2 o 3 veces tía moti, el Sergio o el Gorgonio.

2.º a llevar a Coral a clases de Psicodrama y más adelante teatro y cine.

3º a que si un muchacho muy muy y muy conocido la invita a salir fuera de Buenos Aires Por 2 días le de Permiso o mas.

Buenos Aires, 3 de mayo de 1974      Montserrat

las dos nos comprometemos a no decirnos mentiras nunca.  
fdo) Montserrat      fdo).Coral.

(\*) “La Dunga” es la gata. — N. de la, A.

Éste fue nuestro primer contrato, escrito por Coral con su peculiar redacción y ortografía. ¡Después hubo tantos! Claro está que no resulta muy alentador firmar un contrato con una chica de dieciséis años que al proponérselo pregunta «¿Y qué es un contrato?» Pero pronto lo entendió, pues lo firmado fue producto de innumerables regateos de su parte e imposiciones tales como «sin uniforme» al hablar de ir a un colegio.

Inútil y tedioso sería intentar un riguroso orden cronológico en mi relato. Apenas la alternancia de documentos con anécdotas puede dar una visión global de las cinco o seis etapas diferentes que se sucedieron durante su estancia en Buenos Aires: progresos, derrumbes, estancamientos, nuevos progresos, mejoras en su estado habitual, pero acompañadas por nuevas formas de conducta derivadas de su mayor dominio y seguridad en otros aspectos. ..

Por ejemplo, en los días siguientes fue ampliando el plazo de las «bajadas un ratito». Y cada bajada a la calle implicaba que al abrirle la puerta, a su regreso, la encontraba con algún joven alto y barbudo al lado: «Tía, te presento a un amigo.» Actuaba con una celeridad asombrosa. Hasta con bajadas de cinco minutos lograba subir uno. Al principio, yo me quedaba desconcertada, y, no queriendo hacer escenas, los invitaba a pasar e iniciaba un mal disimulado interrogatorio al joven en cuestión, tratando de saber dirección, teléfono, lugar de trabajo, etcétera. Pero a los pocos días, y después de haber formado una lista inmensa de nombres, abandoné la tarea por inútil. O ellos no aparecían más porque se hartaban de su carácter tiránico y su tendencia a hablar de sí misma, o ella los sustituía por el nuevo amor «de ojos verdes», que a su vez podía durar veinticuatro horas.

Hubo personajes estables, que sobrepasaron el mes de frecuencia, pero los dos o tres que llegaron a eso, si bien inicialmente interesados en su belleza y simpatía, proseguían ya interesados en protegerla y ayudarla, con lo cual eran relegados a la zona de gente adulta, molesta, que no comprende a la juventud hippie, etc. Al final se cansaban, aparecían esporádicamente para interesarse sobre su evolución y se perdían finalmente para siempre.

¡Cuántas veces no habré escuchado: «Señora, yo quiero ayudarla a educar y mejorar a Coral; cuente conmigo...»! Pero si alguna vez venían, sonaba el portero automático y escuchaban a Coral decir: «¿Quién es? ¿Fulano? No me acuerdo... ¿Quién sos? Bueno, no importa, bajo igual.» Los dejaba plantados, y, lógicamente, eso los desalentaba.

Lo de bajar era un producto de mi decisión de filtraje, pues le dije que sólo dejaría entrar en casa a los que hubieran durado más de una semana. El control, bajo cualquier forma, era imposible, pues la mayoría de sus «amistades» las hacía en la Galería del Este (\*), donde tenía sus lugares de cita. ¿Y de qué servía que yo tuviera anotados nombres y direcciones o teléfonos de muchachos que a las pocas horas pasaban a la historia y nunca más se sabía de ellos?

(\*) Lugar céntrico de la ciudad muy concurrido por la juventud contestataria.

## El diagnóstico

Pasaron así los días necesarios para hacerle todas las pruebas psicológicas y el electroencefalograma que habían sido indicados por su psiquiatra, el doctor A., antes de ser recibida por éste y darme su apreciación, que fue la siguiente:

“En mis veintiocho años de ejercicio de la psiquiatría, nunca me he encontrado un caso semejante. Es un caso rarísimo. El electro indica arritmia en el lóbulo espacio-temporal, pero eso es frecuente en ex drogadictos y puede corregirse con el tiempo. Los tests psicológicos no dan evidencias de esquizofrenia clara, ni siquiera de crisis esquizofrénicas anteriores. Hay conducta esquizoide, que no es lo mismo. Por consiguiente, y dado que Coral está mejorando en su casa, lo más acertado es seguir así, procediendo a los tanteos, sin estipularnos una conducta esquemática. No veo la necesidad de internarla por el momento. Déle estas pastillas, que le reforzarán las neuronas cerebrales, y este estabilizador psíquico, y yo la veré dos veces por semana”.

Quedé así, sin habérmelo propuesto, con Coral instalada en mi casa, cada vez pintándose menos, empezando a usar alguna ropa de color (durante cuatro años sólo había querido ropa negra o blanca), y sin otra orientación competente más que aquella que me dictaba mi instinto empecé mi trabajo con ella, que yo definía como de socialización, pues nunca quise inmiscuirme en la esfera del tratamiento psicoterápico propiamente dicho.

\* \* \*

6 de mayo de 1974 de6

querida YANETE,

yo aquí estoy dándome la vida de rey san afortunado salgo todas las noches al cine o a bailar y mi tía, que estoy viviendo en la casa de ella me compro un abrigo de cuero con piel xxxxxxxxxxxx increíble.

estoy pololiando con un argentino que se paso de ser descuebe y vive fuera de buenos aires tiene los ojos verde mar, la nariz liza y una voquita amorosa.

yvigotes y barva

estoy estudiando cine y cuando sea una gran actriz te mandare dinero EA vamos chico bamos

como andan las cosas en chile todavía hay toque de queda quedando yo en tus brazozoz

te ADORA

CORALES DE LAS MERCEDES

\* \* \*



— ¿Qué hacías en Chile?

— En Chile dormía hasta tarde. Cuando me despertaba iba a la nevera y comía algo; después me arrancaba hacia Providencia (\*) y allí pedía cigarros a los señores. Algunos me dejaban subir al coche y me proponían ir a un hotel. Yo les decía que sí, y cuando paraban y bajaban me escapaba, y así había paseado en auto gratis...

— Bueno, tienes que hacer algo. Cualquier persona que tiene las veinticuatro horas del día vacías por delante, además de aburrirse se pone mal. Y tienes que despertarte más temprano; así tendrás más sueño a la noche y podrás dormir. Vamos a hacer las cosas poco a poco.

Hablé con una amiga mía, profesora de expresión corporal, y combiné para que viniera a darle clases a casa (para ella ya era bastante mérito aceptar esto, dado el temor que inspira al común de las gentes la palabra «loco»). Yo hubiera preferido que la integrara a sus clases colectivas, pero hubiera sido pedir demasiado. Venía a las doce, para que así Coral tuviera que despertarse a las once. Muchas veces tuvo que volverse sin dar la clase, porque Coral se negaba rotundamente a levantarse. Empecé a ir todos los días a comer a casa, en el horario libre del trabajo, para que comiera junto conmigo en la mesa en un horario determinado. Otras veces dejaba arreglado para que ella viniera a buscarme a la oficina y comíamos juntas en el bar de al lado, preferiblemente con mis compañeras de trabajo.

Así, ella empezó a conocer otra zona de la ciudad, la de la calle Corrientes. Yo le enseñaba las calles:

— Ésta es Reconquista; después viene San Martín, y aquella por donde no pasan coches es Florida. A ver, repite.

Quería ser actriz de cine, cantante de jazz y modelo. Ésas eran sus tres obsesiones, de las cuales para lo único que evidenciaba condiciones palpables, pues lo era innata, era para actriz.

Naturalmente, imaginaba directamente protagonizar una película.

— Coral, para hacer cualquier cosa en la vida hay que saber, hay que aprender. Y a nada se llega de golpe; cuesta años llegar. Además hay que tener instrucción, hay que tener cultura.

Su deficiencia en ese aspecto era pavorosa:

— Moti, ¿en qué siglo estamos?

— Moti, ¿qué es la arquitectura?

— Moti, ¿qué quiere decir venganza?

Empecé con mucho tacto a poner algún disco que, dentro de un ritmo ágil que pudiera atraerla, tuviera algo más de calidad que los suyos:

— ¡Moti, saca eso, es horrible, no lo aguanto!

— Cuando estás sola pones los discos que quieres. Ahora estoy en casa y pongo el disco que yo quiero.

Un día vino Sergio y tocó con la guitarra una canción de J. M. Serrat cuya letra ella conocía por haber puesto yo el disco varias veces. Empezaron a cantar juntos. Al día siguiente escuché el disco en su habitación. Estaba sentada en la cama, con la cabeza hundida entre las manos. Me retiré a mi cuarto sin que me viera.

(\*) Arrancarse: escaparse.- Providencia: calle y zona distinguidas de Santiago.

A las pocas semanas de su llegada, ya todos los muebles de la casa, incluso el parqué del suelo, estaban llenos de quemaduras de cigarrillos. Yo le había dado a elegir un cenicero y le había dicho: «Cuando te traslades de habitación, llévalo y úsalo.» Era inútil. Podía tener aquél o cualquier cenicero al lado, que dejaba apoyado el cigarrillo fuera de él. Hasta las cortinas estaban llenas de agujeritos en forma circular con el borde ennegrecido, producto de sus meditaciones junto al balcón.

Todas las mañanas, sus incursiones en la cocina implicaban la apertura de la caja de cerillas al revés, y el suelo lleno de ellas.

— Las has tirado tú; recógelas tú — clamaba yo, mientras trataba de consolarme pensando que hacía gimnasia.

— Me olvido; ¿qué quieres que haga?

Había que luchar siempre contra la horrible idea de que lo hacía todo expresamente para torturarme. Yo ya no sabía con qué cara mirar al portero, que tenía constantemente que recuperar sus llaves, «caídas sin darse cuenta» por el hueco del ascensor. Cuando salía o llegaba a mi piso, yo recogía directamente la serie de colillas que sabía que ella había tirado, con la esperanza de que el portero no las hubiera visto.

Tenía una maestría inigualable para desarreglar las cosas. Su cuarto, tan bonito a su llegada, estuvo pronto impresentable. Había que caminar sobre montones de ropa tirada por el suelo. Un día empecé a cortar unas tiritas de papel e hice etiquetas: «Ropa interior», «Pullos», «Blusas», «Pijamas», «Cartas recibidas», «Lápices», «Collares», etc., y las coloqué en los diversos cajones. Después le hice un discurso implorante. No sirvió de mucho, pero sí de algo.

Poco a poco me fui dando cuenta del terrible problema que enfrentaba. No es que ella no supiera aprender, es que no quería aprender. Su inteligencia era normal.

Una tarde que le había enseñado el movimiento de las piezas de ajedrez jugó inmediatamente una buena partida conmigo. Era capaz de multiplicar y de dividir, y tenía una memoria asombrosa para lo que le convenía. Pero, por ejemplo, escribía una carta para su padre, madre o hermana — no viene al caso — y la olvidaba encima de cualquier mueble en la mayoría de los casos. Cuando me dio una para que se la echara al correo le dije: «No, te voy a dar la dirección y un sobre y tú escribes el sobre y lo cierras. Después iremos juntas a echarla al correo. Así tú podrás escribir a quien quieras lo que quieras sin que nadie te lo lea.» Le hice el modelo en un sobre y ella lo copió en otro, mejor dicho, en otros, hasta que consiguió uno relativamente inteligible. Fuimos juntas al correo. Sin embargo, durante todo el tiempo que estuvo en casa, sólo en los últimos meses empezó a echar ella misma sus cartas

## **Sus primeras clases**

Como decía que quería saber inglés para irse a Estados Unidos con su padre, una tarde, al acabar de comer cerca de mi oficina, la llevé a una academia de ese idioma y la inscribí. Comenzaría al día siguiente.

Nunca olvidaré lo emocionada que estaba. Nos sentamos juntas en el vestíbulo en espera de la hora de clase, ella con su papelito en la mano que tenía

que presentar a la profesora. Cuando ésta entró en el aula, seguida por los alumnos, Coral se levantó inmediatamente, y casi tropieza al entrar. La miré de lejos como entregaba el papel y se sentaba con los demás alumnos alrededor de la mesa y abría su libro. Creo que ambas fuimos muy felices en ese momento.

Empezó a ir regularmente dos veces por semana. Al llegar yo del trabajo por la noche, me perseguía: «Moti, tómate esto; Moti, dime si he hecho bien este deber; Moti, tómate este verbo...»

Siempre recordaré una de aquellas noches, en la que conseguí que se acostara temprano y se pusiera un camisón rosa mío (siempre insistía en dormir vestida, apenas se quitaba las botas). Sentada en la cama, con su cuaderno, su lápiz y su libro, leyéndome su lección... ¡Estaba tan bonita, parecía tan buena...!

Alentada, la inscribí en otra academia, para un curso titulado «Preparatorio al Comercial», en el que enseñaban gramática, caligrafía y matemáticas. Finalmente conseguí un profesor particular, que venía por las mañanas, alternándose con la profesora de expresión corporal, para seguirle manteniendo el ritmo de levantarse antes del mediodía.

Hice un horario escrito sobre cartón, con los días de la semana y las horas de clase. Ella lo copió — mal — y tiró el mío.

Por las noches, restaurantes y cines (no más de quince o veinte minutos antes de que se aburriera y saliera a la calle). Pero era mi manera de tratar de evitar que saliera sola.

Yo trotaba detrás de ella, pues tenía la peculiar característica de no querer caminar con la gente, sino unos cinco o seis metros más adelante. Caminaba con pasos rápidos y largos.

— Coral, yo no puedo correr tanto. Si hemos salido juntas, ¿por qué no caminas conmigo?

Generalmente ni me contestaba. De repente se giraba y cruzaba a mitad de la manzana, atravesando en medio de los autos. Yo seguía caminando por mi lado y miraba de reojo como ella seguía por la acera de enfrente, paralela a mí. Cuando le daba la gana, se reunía conmigo.

Llegó a hartarme. Recuerdo una vez en que se quedó atrás, conversando con unos jovencitos a los que había sonreído, y yo seguí adelante, siempre fiel a mis normas pedagógicas, hasta que, a través de las innumerables calles que nos separaban de nuestra casa, vi su silueta aparecer y desaparecer una y mil veces: delante de mí, a mi lado, detrás de mí... Y tuvo que manifestar su enfado al cruzar la avenida 9 de Julio. Habíamos empezado ya a cruzar cuando cambiaron las luces y todos los autos emprendieron esas arrancadas que no hay Dios que los pare, y yo sentí o presentí que Coral se quedaba quieta, bien en medio de la calle, como señal de agresión o de protesta — no viene al caso, claro —, pero yo seguí caminando imperturbable sin volver la cabeza — que es lo que ella buscaba —. Supuestamente sin saber si había fallecido o no arrollada, seguí caminando hacia casa. Y aparecía y desaparecía como un dibujito de Walt Disney. Radiante y vencedora siempre, la encontré apoyada frente a la puerta de la casa, cuando iba a abrir con la llave para subir al departamento.

Le compré dos libros: *Historia de los grandes científicos* y *Trucos de magia*. Bien pedagógico. Nada. El único material impreso que le interesaba eran los horóscopos. Me cansé - en una segunda etapa, más dúctil - de comprar revistas femeninas - a cuya página de horóscopos se precipitaba -, con la esperanza de que, con el tiempo, llegara a interesarse en leer otras secciones, o sea, con tal que leyera. Eso sólo lo logré a fines de 1975.

No quería tomar las pastillas.

- Coral, son sólo dos al día; antes tomabas quince o veinte... Bueno, peor para ti. No voy a darte el gusto de abrirte la boca y hacértelas tragar a la fuerza. Se obstinaba en fumar mientras caminaba, fumar dentro del cine, dentro de los vehículos públicos.

-¡Coral, está prohibido; no me hagas pasar papelones, acepta lo que los demás aceptan!

Inútil.

En casa, verano o invierno, con la chaqueta puesta.

- Coral, me pones nerviosa. Me das siempre la impresión de que estás a punto de salir. ¡Por favor, sácatela!

No.

Llegó Pilarín a pasar unos días: «Sí, algo mejor está, pero sigue enfermita.» «Coralita, apaga el cigarrillo; mira qué tos tienes.» «Coralita, toma la pastillita; bastante pocas te da el médico.» «Coralita, mi amor, no hagas esos gestos; la gente se va a dar cuenta de que eres enfermita.»

Yo me callaba, sintiéndome sin derechos a comandar.

Pero sentía como eso acentuaba la rebeldía y el complejo de inferioridad de Coral. Todo su desenfado, toda su actitud desafiante y espíritu de contradicción eran la vía equivocada por la cual ella trataba de canalizar su tremendo sentimiento de debilidad y desamparo.

En sus relaciones con los muchachos, donde podía hacer valer su atractivo físico, era donde se sentía más segura y afirmada. Por eso los buscaba incansablemente.

## **Consigno la radicación temporaria**

En sus primeras salidas, Coral perdió en la calle varias chaquetas y varios bolsos. Es decir, no estoy demasiado segura de que los perdiera, pues en el curso total <Je su estancia perdió también cinco relojes y multitud de collares míos. Después se aclaró que no se le caían del cuello ni de la muñeca: los «regalaba» a amigos ocasionales de la Galería del Este. En todo caso, una cosa es cierta, y es que me pasé todo el tiempo sacando fotocopias de documentos — que también perdía—, pero, por lo menos, las fotocopias eran sustituibles.

Como su visado de turista tenía duración por tres meses, había que gestionarle su radicación, para lo cual logré un «contacto» en la Dirección de Migraciones. Resultó un oficial que logró no solamente ahorrarnos varias colas, sino que, simplemente, sin su ayuda, creo que no hubiéramos podido obtenerla.

A pesar de ello, el asunto requirió varios viajes. La ida a la Dirección de Migraciones es siempre pesadillesca, pero lo es más aún cuando uno va con una persona como Coral. Si tenía que esperar cinco minutos, se impacientaba y empezaba a sacudir la cabeza para todos lados, llamando terriblemente la atención. Si me descuidaba, desaparecía, y vaya uno a encontrarla en ese lugar lleno de edificios, corredores, patios y gente. Estábamos a punto de ser llamadas por un número y le venía hambre: «Dame dinero, que me voy un momento a comprar un sandwich y una "Coca"; es allí cerquita, ¿ves?» «Bueno, pero ve corriendo y vuelve en seguida, no me desaparezcás.» Volvía y de repente me decía: «No quiero más», y en el momento en que me tocaba el turno de ser atendida, yo estaba con medio sandwich mordido en la mano y una botella que

tenía que dejar en el suelo.

Si bien yo actuaba como tutora, por documento otorgado por Pilarin ante notario en su primer viaje, el primer trámite importante fue la declaración de datos, que le eran preguntados directamente a ella. Antes le advertí: «Cuando te pidan religión, di "católica", y cuando te pidan dirección, da la mía, porque aunque estés viviendo en otro sitio (\*), la mía es tu domicilio legal en Argentina.»

Cuando pude ver el papel, decía: «Religión: ninguna. Domicilio: el otro.» Los trámites duraron meses, cada vez teniendo yo que pedir permiso para faltar al trabajo. El último y más temible paso era la obtención del certificado de salud (incluyendo la mental). Fuimos recomendadas a un determinado médico, que nos lo iba a expedir con rapidez.

Atravesamos masas humanas que llevaban días esperando que les tocara el número, y logramos penetrar en la propia sala donde se expedían los certificados. Había apenas dos o tres personas antes que nosotros. Yo le hablaba a Coral en voz baja, pidiéndole que tuviera paciencia y tomara en cuenta de todo lo que nos habíamos directamente salvado; de la suerte enorme que teníamos si llegábamos a poder salir de allí, con el certificado, aun cuando nos requiriera una o dos horas de trámite. Le suplicaba que, en lo posible, me dejara hablar a mí (pues cuando ella hablaba «metía la pata», como se dice vulgarmente) y que, sobre todo, fuera bien educada y amable con el médico.

En el momento en que nos correspondía el turno vinieron a avisar que una mujer de las que esperaban afuera se había desmayado, pues llevaba un bebé en los brazos y no había podido soportar lo agotador de estar apretada y de pie desde la mañana en el patio. El médico se levantó para salir a atenderla y Coral se interpuso: «Doctor, ¿no me podría atender antes a mí, que tengo que hacer?» Yo quise que se me tragara la tierra. El médico siguió adelante, no sin antes haberle lanzado una mirada de reconvención. Cuando regresó, le preguntó a Coral: «¿Y qué es eso que tienes que hacer?» Y Coral respondió: «Había quedado en encontrarme con un chico en la calle Florida.»

No nos dieron el certificado. Hubo que dejar pasar un tiempo y «atacar» por otro lado, rezando para no ser reconocidas.

(\*) Ver más adelante.

\* \* \*

## Comienza el descenso

Bueno, su horario estaba bien organizado. Dos veces por semana, por la mañana, expresión corporal. Otras dos, profesor particular. Dos o tres tardes, inglés; dos horas semanales de psiquiatra y cuatro semanales de Preparatorio al Comercial.

El derrumbe empezó por allí. Me llamaron. La profesora y la directora querían hablar conmigo. Era una chica rara, se aburría, se dormía, se cansaba. ¿Por qué no la enviaba a un colegio especial?

Coral no quiso ir más, aun cuando no la habían expulsado. Empezó a sentirse tiranizada por mí. Me decía: «Tienes cara de directora de escuela.» Cuando Sergio venía, su hostilidad se acrecentaba. Tenía fija en la mente la división entre «los jóvenes» y «los mayores», y estaba convencida de que toda comprensión entre ambos era imposible. Decía: «Yo soy así porque soy joven;

todos los jóvenes son así". Era inútil explicarle que la mayoría no, que a los dieciséis años muchos estudian y trabajan.

Coral necesitaba gente joven. Por mucho que yo me esforzara por acompañarla, el panorama de tener como única relación social una tía mayor al lado no era gratificante para ella, y yo me daba perfecta cuenta.

Recorrí mi libreta de direcciones, llamé a los amigos, averigüé quien tenía hijos, primos, sobrinos, lo que fuera, y organicé cenas en casa. Sólo sirvieron para que ella aprovechara para quejarse de mí delante de todos y para que yo tuviera que poner mi paciencia a prueba escuchando disertaciones pedantes de algunos de los invitados, proferidas delante de ella, sobre lo que debía o no debía hacerse. Pero mi esperanza de que aplicaran en una forma más concreta y efectiva ese interés, viniendo a visitarla o convidándola a sus casas o a salir, fue vana.

Era como si nos hubiéramos constituido en una pareja de leprosas. Es claro que si yo telefoneaba, muy de tarde en tarde, a alguna casa, anunciando mi visita con Coral, no era rechazada. Pero la gente no podía aguantar sus idas y venidas, vueltas, levantadas, movidas de cabeza, su manía de permanecer constantemente dentro de los interiores con la chaqueta puesta, sus desapariciones súbitas, sus agresividades. Parecía como si ella irradiara a través de ondas la inquietud, el sufrimiento y la desazón que la acompañaban permanentemente. Y al cabo de media hora se quedaban exhaustos.

En aquella época, además, Coral me mentía. Me mentía como una descosida. Incluso tardé mucho en darme cuenta, entre mi ingenuidad y mi cansancio, de que muchas noches, tras fingir acostarse, se levantaba y salía a la calle cuando yo estaba dormida. Mi posición era difícilísima, pues tenía que evitar todo aquello que recordara en mí un papel de carcelera. Su rebeldía ante todo ío que pudiera sonar a orden sólo puedo describirla — con perdón de las matemáticas — diciendo que sobrepasaba el ciento por ciento. Así, yo sólo podía hacerme respetar en aquellas cosas directamente relacionadas con mi persona.

Por ejemplo, en los primeros días me preguntaba:

«¿Qué hora es? Y yo le contestaba: «Ve tú misma a la cocina y mira la hora en el reloj de allí» (eso, después de re-enseñarle a leer las horas, pues cuando llegó no sabía interpretar el reloj). Tuve que luchar contra una tentación: era para mí más fácil hacerle las cosas que enseñarle a hacérselas. Por ejemplo, en el caso ya mencionado de su correspondencia, a mí me hubiera llevado segundos hacerle bien el sobre con la dirección. Pero nos sentábamos en la mesa, le hacía el modelo, se lo hacía copiar en otro sobre, quedaba un asco, y repetíamos y repetíamos hasta que quedara algo aceptable para el correo. Yo le insistía — sin excederme, sólo algunas veces y en tono de broma — en que no hacía las cosas porque no le daba la gana, no porque no supiera hacerlas. Y ella también pregonaba su capacidad para todo, que era real. Pero no las hacía. Parecía que gozaba infligiendo en la forma más inteligente posible una sostenida tortura psicológica a las personas que la rodeaban.

Tenía desplantes increíbles: un mediodía, por ejemplo, sonó el timbre; ella abrió la puerta, y, cuando yo aparecí en el comedor-*living*, estaba sirviendo whisky a dos muchachos desconocidos. La llevé a la cocina y le dije: «Coral,

¿cómo haces eso? No tienes derecho; ésta es mi casa y mi whisky y no puedes meter gente ni ofrecer mis cosas así, sin consultarme, por tu cuenta.» Me miró, fue al *living* y les dijo: «Mi tía es una mal educada y no quiere que les ofrezca nada. Pásenme a buscar después.»

El portero automático no descansaba. Desde la mañana hasta la madrugada siempre voces masculinas: «¿Está Coral?» Ella se precipitaba: «¿Quién eres? ¿Alberto? No me acuerdo, pero, bueno, no importa, ya bajo.»

Naturalmente que necesitaba la mano de un hombre. ¿Pero de dónde iba yo a sacarlo? Mi primer marido colaboró bastante para acompañarla y entretenerla, pero nunca fue persona de imponer rigor ni disciplina a nadie. El segundo aceptó, ante mis insistentes ruegos telefónicos, llevarla una tarde al teatro. Al día siguiente me dijo (gran novedad para mí): «No se interesa por la obra ni mantiene la conversación; es muy inquieta; esta chica no tiene remedio.» Y nunca más hizo nada por ella.

La colaboración más firme y sostenida con que conté fue la de una señora joven paraguaya, encargada inicialmente de la limpieza del departamento por las mañanas y a la que, con motivo de la presencia de Coral, prolongué su horario hasta las seis de la tarde, pues, por ser casada, no podía vivir en forma permanente en casa. Era ella quien aguantaba los insultos de Coral al despertarla por las mañanas y quien recogía pacientemente muchas veces el desayuno tirado al suelo, entre otras cosas, por lo que la posibilidad de sustituirla era impensable.

En mis salidas nocturnas acompañándola llegué a soportar cosas en las que jamás hubiera soñado: por ejemplo, que algún joven al cual ella había mirado y sonreído en algún café, se acercara a nuestra mesa, se sentara con nosotras y me tuteara. Llegué incluso hasta, sin las menores ganas, acompañarla a pasear con dos jovencitos, tratando desesperadamente de infundir con mi presencia un cierto aire de seriedad a la situación, pero era imposible. Pronto me convencí de que lo más que estaba logrando con aquello era que se formaran de mí la idea de una tía excesivamente liberal, por no decir depravada. Así que una noche que ella me dijo: «¿Quieres ser mi amiga?» yo le contesté: «Bueno, amiga tuya ya lo soy, sabes que te quiero.» «No, pero yo quiero decir mi amiga para salir juntas a las noches, ir a sitios juntas.» (Eso ya lo hacíamos; ella se refería a que yo compartiera su enfoque y nivel de la palabra «salida».) Yo le contesté: «No, Coral, no puedo compartir eso.» Y empecé a devolverle actitudes. Cuando se ponía a hablar, yendo conmigo, con jóvenes en forma que sabía que me desagradaba, y no obedecía mi orden de irnos, me iba yo y me volvía sola para casa. ¿Qué otra cosa hubiera podido hacer?

Empezó a hostilizarme diciendo que vivía conmigo porque no tenía más remedio, pero que era muy desgraciada. Sergio la secundaba y estimulaba en sus quejas, emitiendo delante de ella la teoría de que Coral no debía hacer nada más que lo que le pasara por la cabeza, pues todo lo demás era forzar la naturaleza. Al fin, un día, mientras estábamos comiendo, me dijo: «No quiero volver más con el doctor A.» «Está bien, Coral, no serviría de nada llevarte a la fuerza. Pero ve hoy, aunque sea por última vez, y díselo tú misma.» Fue y se lo dijo, tranquilamente.

A los pocos días, Sergio — que había estado haciendo constantes referencias a la ineficacia del doctor A. — ofreció a Coral llevarla a vivir al estudio de una profesora de danzas modernas, en el cual habitaba también un amigo de él, Tomás, con su mujer, y, transitoriamente, dos o tres chicas de esas que han marchado de casa de sus padres a causa de la incompreensión generacional.

Además, el estudio era alquilado para ensayos por actores y conjuntos musicales.

No me pude oponer. Dada la actitud de Coral, hubiera convertido mi vida en un suplicio, y nada hubiese sido efectivo si yo la obligaba a quedarse. Le permití ir. No por eso dejé de verla todos los días, pues aparecía por mi trabajo para pedirme dinero. Cuando empezó a venir en horario correspondiente a alguna de sus clases vespertinas y le pregunté por qué, me dijo que se había cansado y las había dejado. Empezó a pasar el día vagando por las calles, especialmente por la avenida Santa Fe y alrededores. Yo estaba desmoralizada. Después de tanto esfuerzo, tantas cartas a sus padres proclamando mi triunfo, todo había resultado una pompa de jabón.

Venía también por casa. Desaparecían mis pulseras y collares, aparecían objetos extraños, como jerseys o pañuelos de hombre que, evidentemente, le prestaban y ella no devolvía. Se empezó a quejar de que en su nueva casa no le daban de comer. Yo había quedado en pasarle al amigo de Sergio una cantidad semanal para la alimentación de Coral. Hablé con él y me aseguró que ella disponía de la misma comida que el resto de los habitantes de la casa.

Cada vez estaba más flaca y más blanca. Yo le daba dinero personalmente, pero en vez de gastarlo en comida tomaba taxis sin objeto y adquiría entradas de cine que no usaba. Cada peso que yo le daba era un peso tirado.

### **Mi pelea con los hippies**

Durante una de las visitas de Pilarín en la época descrita, una tarde pasó Coral por casa a buscar algo y me dijo muy emocionada:

- He conocido a unos actores importantísimos, que hacen un espectáculo en un teatro muy caro, y me han invitado para cenar y asistir gratis esta noche.

- Bueno, Coral, pero ten cuidado; no te quedes hasta muy tarde.

A la mañana siguiente supimos que no había regresado a dormir a casa de Tomás. Pilarín empezó a preocuparse, lo mismo que nuestra madre. Por la noche, yo estaba invitada a una reunión junto con mi amiga Haydée -la ex profesora de expresión corporal de Coral- quien me vendría a buscar con su coche a las nueve.

Como Coral había dejado en casa el programa de los actores invitantes, supe que se trataba del «Grupo Yogourth» o algo así, que en el Teatro X representaba, mediante movimientos plásticos, «el asco y la náusea de la Humanidad». A instancias de Pilarín, y preocupada yo misma, pedí a Haydée que antes de ir nuestra reunión pasáramos por el teatro para tratar de averiguar algo.

Fuimos. Llovía. Haydée llevaba un abrigo de pieles y yo uno de lana negra, entallado, con una gran ñor artificial blanca en el ojal y un paraguas largo en la mano. Aspecto: el de típicas señoras burguesas, con la mentalidad correspondiente.

### **Teatralización:**

YO. *(Al taquillero.)* Buenas noches. ¿Puedo hablar con algún integrante del «Grupo Yogourth»?

TAQUILLERO. *(Desconcertado.)* ¿Para qué?

YO. Bueno, se trata de un problema serio. Una menor de edad, mi sobrina, que ha



desaparecido desde anoche e iba a reunirse con ellos.

TAQUILLERO. Mire, este señor es el representante.

YO. *(Al señor.)* Mucho gusto.

REPRESENTANTE. ¿Cómo se llama su sobrina?

YO. No veo que importe cómo se llama. No deben invitar a cenar y a ver la función gratis a muchas niñas de dieciséis años. Pero si insiste, se llama Coral.

*(El diálogo tenía lugar en el centro del vestíbulo del teatro. Un grupo de actores y actrices, con total atuendo hippie, se encontraba allí.)*

UNA HIPPIE.. ¿Coral? Es esa chica chilena. ¿Pero por qué está tan nerviosa, señora, si ella está bien? Está abajo, en los camarines.

YO. Bueno, me alegro, pero tengo mis motivos para estar nerviosa. No sabemos nada de ella desde anoche.

*(Integrante de mayor edad y menor aspecto hippie que los otros, a quien llamaremos Ignacio)*

IGNACIO. Mire, señora, lo que pasa es que usted es la típica representante de la familia que persigue y enferma a la chica. Ella está bien, está tranquila, y nosotros también.

YO. Sí, pero su madre y su abuela no, y yo tampoco; ¿qué le parece?

IGNACIO. Lo que pasa es que ustedes ya tienen los prejuicios y los malos pensamientos adentro. Anoche fuimos simplemente a cenar a casa de uno de los nuestros, en Olivos (\*), y después se hizo muy tarde. Coral se quedó a dormir con nosotros y para-que-sepa bebió sólo té, sólo té, ¿eh? Así que lamento desilusionarla. Y la pobrecita fue feliz con nosotros, inocentemente, feliz por primera vez en su vida, ¿entiende? ¿Qué hay de malo en eso?

YO. Nada, y no dudo ni me importa si bebe té o no, pero si ella es una irresponsable que no piensa que puede alarmar a su familia, ustedes podrían tener más responsabilidad y pensar que esa chica debe tener una familia, a la que hay que avisar.

IGNACIO. ¿Y cómo íbamos a avisar, si no teníamos teléfono?

YO. Bueno, podrían no haberlo hecho de madrugada, pero estamos a sábado por la noche, y ustedes están en Buenos Aires todo el día.

Ignacio. Mire, señora, lo que pasa es que usted tiene ganas de buscar pelea. Al fin y al cabo, ¿usted quién es?

Yo. Yo soy la tía.

IGNACIO. ¿Ve? ¡La tía! ¡Vamos! La tía...

*(Aparece Coral, traída por una hippie.)*

YO. ¡Coral! ¿Cómo has hecho esto? Tu mamá y la mami están desesperadas.

Ven, vamos corriendo a casa para tranquilizarlas.

CORAL.*(Da un paso atrás y pone expresión de acorralada.)* ¡No! Yo me quedo.

Ignacio. ¿Han visto cómo trata a la chica? Ya está a punto de hacerla llorar.

*(Coral oye esto y empieza a poner expresión de llanto. Ignacio prosigue:)*

Ignacio. Así es como la trata y la persigue.

YO. Coral, no me hagas perder la paciencia, y vámonos.

CORAL. ¡No!

YO. Mira, no te doy un paraguazo porque me contengo, pero te lo merecerías.

*(Era la primera vez en la vida que le hablaba en estos términos.)*

Ignacio. Ya se ha revelado del todo, señora. Usted usa métodos fascistas, usted es una fascista.

YO. *(Gritando.)* ¿Fascista yo? Es lo último que le permito...

IGNACIO. *(Gritando.)* ¡Sí, fascista, fascista! ¡Si hasta lleva una flor artificial!

(Voz de Haydée, tímida [me había olvidado totalmente de ella]:)

HAYDÉE. Es que vos no comprendés...

IGNACIO. (*Interrumpiendo:*) Y ésta ¿quién es? ¿También familia? Coral, ¿es alguien de tu familia?

CORAL. (Veraz, pero traidora hacia la paciencia y amistad de su ex profesora:) No.

IGNACIO. Entonces, usted no se meta; ya tenemos bastante con la tía. Coral, ¿tú vives con ella?

CORAL (*Impertérrita y feliz de ser tan importante:*)

No, yo vivo con Tomás,

IGNACIO. ¿Han visto? Vive con su compañero. Y esa tía aquí, metiéndose en lo que no le importa. Bueno, señora, esto concluye todo. Que venga el compañero de ella a reclamarla, y a él lo atenderé.

(*Nuevamente la voz de Haydée, de la cual me había vuelto a olvidar y que se había enzarzado en discusión particular con un hippie:*)

HAYDÉE ¡Más idiota serás vos!

Yo. No tengo fuerzas ni para explicar ni para darle el paraguazo a usted. Yo la dejo. Pero no me voy sin saber nombre, dirección y teléfono de una persona responsable, para dárselos a su madre.

(*Una hippie, señalando a mi enemigo:*)

HIPPIE Se llama Ignacio.

YO. ¿Y a mí de qué me sirve que se llame Ignacio? Yo quiero nombre, apellido, dirección, teléfono y número del documento de identidad.

IGNACIO. Claro, para denunciarnos a la policía.

YO. No sea estúpido. No me muevo de aquí hasta que alguien me dé eso.

(*Aparece en ese momento, caminando lentamente, un joven alto, apuesto y fornido, que rodea con un brazo a Coral y me dice:*)

JOVEN FORNIDO. Yo soy el compañero de Coral. ¿Qué pasa aquí?

YO. (*Pensando: «¡Pobre iluso!»*) Pasa que ella no quiere venir y yo no quiero dejarla sin los datos de una persona responsable.

(*Todo esto con el fondo musical de la pelea particular de Haydée y las voces de Ignacio llamándome fascista.*)

Joven fornido. Yo se los doy.

Yo. ¡Bravo! Por fin encontré una persona valiente.

(*Le estrecho la mano. Saco un cuaderno y un bolígrafo.*)

JOVEN FORNIDO. Fulano de tal, calle tal, número cual, teléfono...

IGNACIO. Sí, sí, quiere estos datos para mandarnos la policía.

YO. (*Harta, decido teatralizar un poco también. Doy unos pasos hacia atrás para separarme del grupo, y, sintiéndome Sarah Bernhardt, muy digna con mi abrigo negro, -mi flor blanca artificial y -mi paraguas largo, exclamo:*) ¿Llamar a la policía? ¡Al contrario! Se la cedo... se la regalo... Es más, ¡le deseo que sea muy feliz!

IGNACIO. ¿Vieron? ¿Vieron como después de tanto escándalo ahora se quiere desligar de responsabilidades?

YO. Mire, realmente no sé por qué no le doy el paraguazo. (*Digna:*) ¡Vamos, Haydée!

(\*) Barrio residencial en las afueras de Buenos Aires.

## Epílogo.

Salimos, nos metimos en el auto, subí al departamento y grité a Pilarín, tirándole la hoja de cuaderno:

Toma, aquí tienes todas las señas de la persona con quien está tu hija. Y yo no quiero saber nunca más nada de ella. ¡Vámonos, Haydée!

A la mañana siguiente supe que, media hora después, «el compañero» había ido a dejar a Coral a casa y Pilarín le había dicho: «Pero es que ella no vive aquí; vive en casa de Tomás.» La llevó entonces al estudio. Fue recibido por la profesora de danzas— que estaba harta de Coral —, quien le dijo que la vivienda oficial de Coral era mi casa, con lo cual «el compañero» se la llevó a la propia por una noche y al día siguiente la devolvió definitivamente.

## El derrumbe

Los habitantes de ía casa donde tenía su estudio de danzas la bailarina estaban hartos de Coral, y Coral estaba harta de ellos. No hay mejor forma de probar la firmeza de las actitudes de las personas que enfrentarlas con su propia caricatura: los cansaba. A su vez, la libertad y la bohemia imperantes en el estudio anularon la incipiente cáscara de orden y organización que Coral había adquirido durante tres meses en mi casa, y resurgió con mayor ímpetu la Coral de Santiago «que se arrancaba para Providencia», sólo que esta vez «se arrancaba» para Santa Fe. Dejó de concurrir a sus clases y de cumplir con el horario para las comidas; vagaba por las calles; aparecía a veces por casa con ropa sustraída a los actores que alquilaban el lugar para ensayos, y sobre todo aparecía siempre (de eso no se olvidaba) por mi trabajo a pedirme dinero, a pesar de que yo le daba a través de Tomás el suficiente para sus gastos. La secretaria del médico psiquiatra hacia el cual el doctor A. la había derivado al no querer ir más con él, me telefoneaba con frecuencia para preguntar por qué había faltado a su visita. Atada todo el día por mi horario de trabajo, sólo podía intuir sus amistades en la Galería del Este. Un día me contó, muy feliz, que un señor le había dicho que tenía condiciones de modelo y que tenía que hacer unas pruebas. Yo la interrumpí: «No sigas; a ver si adivino lo que pasó. ¿Por casualidad no te dijo que tenías que ir a su departamento para probar?» «Sí.» «Y, déjame seguir adivinando, ¿te sacó fotografías?» «Sí.» «¿Y no te dijo que era necesario probarte algunas fotografías sin ropa?» «¿Cómo adivinaste?»

No quise preguntar más. Al día siguiente puse tres telegramas, uno a la madre, otro al padre y otro a su hermana de veintiún años, que vivía en Estados Unidos, junto al padre. No recuerdo los términos exactos, pero eran algo así como «Imposible seguir; por favor, ven, necesito ayuda.» Creo que el padre no me contestó; la hermana me escribió diciéndome que ella pasaba por hondos problemas y «nadie puede ayudar a nadie si está mal»; Pilarín vino lo más rápido que pudo, pero sólo recuerdo que su venida no fue para quedarse, sino para pasar unos días, y sólo sirvió, como siempre — dadas sus malas relaciones con la niña —, para que se pusieran peor las dos.

Tomás se encargó de transmitir a Sergio el ultimátum recibido por parte de la bailarina, en nombre de los habitantes de la casa, con respecto a Coral. Estaban hartos de ropa y colillas de cigarrillos por el suelo, del timbre sonando a

las tres de la mañana porque había perdido las llaves para entrar, de su intromisión en sus ensayos, de sus intentos de llevar a la casa amigos recogidos por la calle.

Sergio decidió seguir adelante en su fidelidad hacia sus propios principios terapéuticos sobre Coral, que consistían en considerar que había que dejarla totalmente sola y libre para que enfrentara sus experiencias con la vida y por sí sola reaccionara. Y el único lugar donde podía alojar a su conejito de Indias era su propia casa; así que se la llevó a su departamento.

Aquí no cabe preguntarse el porqué yo permitía tal o cual cosa. Si he sabido explicar más o menos claramente la situación y la personalidad de Coral, se ha de poder comprender que era absolutamente imposible obligarla a nada.

Y se la llevó a un departamento pequeño, en un décimo piso. Coral se instaló con un colchón en el suelo al lado de la cama de Sergio, y empezaron el siguiente ritmo de vida: él se levantaba por la mañana y se iba, mientras Coral dormía profundamente. Ella se despertaba a las doce, a la una o a las dos; se encontraba sola y repetía sus esquemas: visita a la nevera, vestirse (con la ropa más harapienta posible) y lanzarse a la calle, hasta la madrugada.

Desde luego, todo su aspecto personal, apenas comenzado a mejorar durante su estancia en casa gracias al uso de mi guardarropa, volvió a ser deplorable. Un abrigo de piel sintética que yo le había comprado, en acto relativamente meritorio considerando que yo no tenía, fue mal cortado directamente con tijeras, en intento de convertirlo en chaqueta. Y lo que es peor de todo esto es que ella no sólo no se sentía bien, sino que cada vez se sentía más atemorizada y sola. Sergio pagó sus teorías con la destrucción de su casa. Si la mía estaba quemada con cigarrillos, la de él parecía un campo de batalla recién abandonado por los hunos: suciedad, ropa, colchones, botellas vacías por el suelo. La novia de Sergio sufría, callaba y aguantaba, pues sabía — como yo — que era imposible hacer o decir nada que alterara el fanatismo con el que él se había lanzado a «la salvación» de Coral. Pero la naturaleza vino a introducir el elemento que rompería, a los pocos días de iniciada, esta situación: Lily quedó embarazada y decidieron casarse.

Aun cuando yo prácticamente no la conocía — pues las relaciones entre ellos, así como toda la vida de mi hijo desde hacía años, se había desarrollado sin contactos conmigo ni con el resto de la familia —, no dejó de preocuparme la situación que se iba a producir. Por más que una mujer ame a un hombre, pretender que soportara la presencia de Coral, con todas sus consecuencias, en el pequeño departamento era un poco demasiado. Había que añadir a eso el hecho de que Coral se pasaba la vida besando y abrazando a Sergio, considerándolo un poco de su propiedad.

Antes de eso, y debido a mi reiterado planteo epistolar a su padre y a su madre de que la situación no podía seguir así, recibí respectivas cartas de ambos en las que, resumidamente, me decían: su padre: que por nada del mundo la mandara a Nueva York, que yo ya había hecho bastante y agradecía mi generosidad; que la única solución posible era devolverla a Santiago de Chile para reinternarla en el Psiquiátrico de la Universidad y ponerla de nuevo en manos del médico que la trataba allí. Su madre: que por nada del mundo la devolviera a Santiago, que yo ya había hecho por la niña más de lo que se podía esperar y que lo que tenía que hacer era comprar un pasaje a Nueva York y enviársela a su padre. Coral: que si la enviaba de vuelta a Chile se tiraría del avión, si es que no podía matarse antes de subir. En cuanto a ir a Nueva York con

su padre, estaba encantada, pero ¿quién tenía los seiscientos dólares del pasaje? ¿Y cómo podía yo enviarla a alguien que no quería recibirla?

Una internación en una clínica aceptable en Buenos Aires costaba unos cuatrocientos dólares, más del doble de lo que su padre mandaba, y Coral gastaba otro tanto personalmente, sin contar con que yo seguía resistiéndome a ía idea.

En aquella época, además de dedicarse a hacer agujeritos en forma cuadrada en mi ropa durante sus apariciones por casa, pues nunca le quité la llave, se pasó escribiendo cartas a su padre y a su hermana en Nueva York pidiéndoles que vinieran o se la llevaran:

*Querida Mari*

*sabes que estoy un poco mal estoy muy sola y triste y Pienso que nunca voy a ser feliz en el mundo Porque se que en todas partes ay gente mala y que no vale nada y es muy difícil encontrar a la que vale algo yo quiero comprarme ropa que no sea negra y quiero comprarme ropa de color. Voy a empesar a trabajar para ganar plata. Porque no vienes para Pascua? la gente no me comprende y me siento como una paloma en un infinito sabes que tengo mucho miedo pero no se de que, siento que me abandonaron todos y que es muy difícil estar como yo quiero estar. Pienso que ay muchos adolescentes perdidos como yo, me quiero ir a un país a vivir y estar vien. Pero lo que se quiere se puede.*

*Te adora*

*CORAL*

POREAVOC AYUDANTE

Querido Mai

como estas? !. Sabes que estoy un poco mal esta muy sola y muy triste Pero ya cambia

yo quiero cuidarme mas de mi y comportarme mejor ~~pero~~ y cuidarme pero no puedo porque no tengo plata quiero enseron a los doctores pero no estan en condiciones. Pero yo voy a buscar un trabajo me voy a tener que ir de la casa de estudio porque se casa y va a tener un hijo. Me siento no me comprende y me siento como una Polvita Perdida en un infinito yo no me doy cuenta de lo que oigo pero tengo que irme de casa tengo mucho miedo Pero no se de que y me siento muy perdida de que siento que me abandonaron y que es muy dificil

DESE LAS DROGAS

Handwritten notes and scribbles in the left margin.



A veces las modificaba:

Querida Mari

como estas? Sabes que estoy un poco mal osea muy sola y muy triste Pero ya cambiaré.

yo quiero cuidarme mas de mi y comprarme ropa y cuidarme pero no puedo porque no tengo plata quiero empesar a trabajar aunque no estoy en condisiones para ser feliz necesito un amigo me voy a tener que ir de la casa de Pablo porque se casa y va a tener un Hijo la jente no me comprende y me siento como una paloma perdida en un infinito yo no me doy cuenta de lo que ago pero tengo que irme de acá tengo mucho miedo pero no se de que y me siento muy perdida osea siento que me abandonaron todos y que es muy difisil yegar a estar Bien y llegar a estar como yo quiero estar a rni me gustaría irme a un país a vivir y estar bien. Pienso que hay muchos adolescentes perdidos como yo estoy pero es muy triste pero todo tiene solución no pierdo las esperanzas de que me ayudes y me escribas

TE ADORA

CORAL

Avenida Mari

Sabes que aquí la sociedad y  
 la ciudad me hicieron mierda  
 sabes lo que es eso me metieron  
 muchos orcos malos y yo me  
 tengo que ir de todas maneras  
 la oca porque no me olvides  
 que quiero ir a el campo o  
 alguna parte donde este bien  
 donde se pueda estudiar todo  
 a fotografic y donde pueda ser  
 algo para mi futuro porque  
 voy a seguir cada  
 vez bien porque no voy a ser  
 para P. Posas? con el P. P. y los  
 vamos a combenir onto y todo  
 solucionemos todo de una vez  
 by todos to AMP y nunca  
 dejare de tra esperanzas  
 CORRE



Querido ~~mi~~ mori

Sales que estoy muy mal muchísimo  
 me quiero ir de esta ciudad porque la  
 tanta es una pura mierda y todos tienen  
 ondas muy malas me quiero ir a  
 una parte donde nadie me toca  
 se me olvide absolutamente mente  
 todo y como las cosas que  
 me van a hacer bien las cosas  
 pero yo me quiero ir de acá  
 que no me escuches y me dice  
 si puedo ir a vivir con tigo  
 yo quiero ir a vivir con tigo  
 y en paz y estudio y Pepe  
 nombre para mi futuro que  
 yo se oírse porque no venes  
 con el Pope' Para Porcua?  
 te odoro y sales Vente pro-

to

CO/POC ~~1/1/1/1~~  
 1



Estas y muchas otras cartas aparecían tiradas por la casa, por los rincones más insólitos; generalmente, el mismo tema lo desarrollaba dos o tres veces, con muy ligeras variantes. A veces decidía que quizá surtiera mejor efecto la táctica de ocultar lo terriblemente mal que estaba, como en el caso de esta carta que escribió a su padre, con una letra notablemente mejor que la habitual y que encontré agujereada por quemaduras de cigarrillos:

PERDONA POR LA CARTA QUE TE ESCRIBÍ ANTES, NO ME  
 ACUERDO LO QUE TE DIJE

PAPA

septiembre 74

Tu carta fue bastante seria y bastante angustiada o sea la carta que le escribiste a moty.

Entiendo pero no comprendo porque me quieres mandar a Chile aqui yo voy a estudiar y a ponerme bien.

Los médicos no me gustan porque en Chile pasaron cosas muy feas que no quiero acordarme porque sería mi fin.

Tu piensas que yo estoy mal yo estoy bien lo que pasa es que estoy un poco confusa conmigo misma

DEJE ASETIEMPO LAS DROGAS TE LO JURO

y estoy tomando lógicas y oraps (1) para ponerme mejor.

Nose me imagino que no me quieres mucho pero lo mas importante es que me comprendas ya que soy tu hija no te olvides de eso

Espero que me cuentes buenas noticias

DESEO QUE TODO SE ARREGLE

CORAL

(1) «Logical» y «Orap» eran, respectivamente, las medicaciones prescritas por el doctor A. y que generalmente rehusaba tomar, — N. de la A.

MAMI

El papá no quiere que yo vaya a Estados Unidos pero yo podría ir a trabajar y ganar plata. Me voy a alguna parte donde esté bien mis mayores deseos son esos.

Podría ir a alguna pensión a vivir hasta que consiga trabajo allá y yo quiero estudiar y ponerme bien.

Quiero cuidarme más de mí y comprarme ropa linda y ser feliz yo creo que puedo porque lo que se quiere se puede.

Cuando vienes tú para acá o para Venezuela?

Por favor olvídate de las clínicas porque no me gustan.

Yo quiero ir a EE.UU; y si no se puede esperar a ser mayor de edad y por mientras escríbeme y cuéntame cuando vas a venir.

Te digo la verdad acá estoy sola pero bien nose me siento bien y contenta.

Escríbeme y dime donde nos encontraríamos en Venezuela para ver que definimos yo me quiero ir luego

TE ADORA y espera tu respuesta

CORAL

Yo me enteré del casamiento de Sergio indirectamente una semana antes, y por boca de él dos días antes. A pesar de que había querido tomar una actitud totalmente pasiva en el asunto, mi ya mencionada preocupación por las repercusiones que la convivencia con Coral pudieran tener en el embarazo de Lily y, por otra parte, la situación de la propia Coral, que vivía tal sensación de abandono, me hizo salir del plan trazado y proponerle a Coral que volviera a vivir conmigo.

Como su locura no excluía su habilidad para sacar ventajas de una situación, se aprovechó, como era previsible, del hecho de que yo le pidiera a ella que volviera, y se sucedieron tres días de continuos regateos hasta la firma del contrato siguiente:

13 de septiembre de 1974 Coral acepta:

NO HACER NADA QUE PUEDA MOLESTAR A LA POLICÍA

volver a vivir con la tía Moti

tomar los lógicos y el orap

Ir dos veces por semana al doctor A. o al doctor B.

no llegar nunca más tarde de las 11 de la noche

salir solo después de las 11 de la noche con permiso de la tía Moti y siempre

acompañada por alguien aprobado por ella. Nunca sola.

estudiar inglés y alguna otra cosa que le ocupe por lo menos cuatro horas cada día

ser bien educada. Caminar por la calle al lado, no delante.

Si Coral cumple eso, Moti se compromete:

a no internarla

a aceptar que cada sábado Coral invite a tomar café al muchacho que crea más adecuado para que la tía Moti lo conozca y lo deje salir con él) pero sólo uno cada sábado.

a dar a Coral 160.000 pesos al mes, que es todo el dinero del cheque de su papá menos los 100.000 pesos del médico que la tía Moti pagará directamente al doctor A. o al doctor B.

Con esos 160.000 pesos Coral se pagará:

todo: sus cocacolas

sus cigarrillos

su ropa

sus cines

sus comidas afuera

Los 160.000 pesos la tía Moti se los dará a razón de 40.000 cada lunes, porque el mes tiene cuatro semanas.

\* \* \*

Fue un viernes por la noche. El sábado vino Sergio, furioso: «¡Has convencido a Coral para que vuelva a vivir contigo!» Resultaba inútil intentar hacerle ver que para mí no era ninguna recompensa ni ningún deleite, sino un sacrificio que me imponía para el bien de ella, de Lily, de su futuro hijo y de él mismo. Omito la discusión y paso a la frase final de Sergio: «Ya sabes que tengo sobre ella más influencia que tú.» Al día siguiente vino Coral, me pidió el contrato, lo rompió, tiró los trocitos al water y se quedó en casa de Sergio.

No asistí a la boda. Mandé un mensaje a Lily aclarándole que no había intención de ofensa personal hacia ella en mi ausencia, sino que se debía a problemas míos con mi hijo.

Pocos días más tarde supe que los recién casados se iban por una semana a Mar del Plata. No pude dejar de interesarme sobre lo que iba a pasar con Coral, ya que, lógicamente, no se la llevaban. Supe así que la dejarían en el departamento, bajo los cuidados de un estudiante de medicina chileno, que vivía en grupo con otros. Esa noche no pude contenerme y pasé por la casa. Coral estaba sola, bañándose. El «cuidador» no había aparecido porque, según él, Sergio se había atrasado y no se habían encontrado para entregarle la llave. Cogí

a Coral, tras desconectar la cafetera eléctrica, que se estaba quemando, y la llevé a cenar a un bar. Luego la acompañé hasta la casa donde vivían los estudiantes.

Coral siguió viniendo a pedirme dinero a la oficina: «Sí, compra comida y cocina, pero es antipático, no me habla», dijo, refiriéndose a Pancho, su «niñero». Yo seguía sin conocerlo personalmente, pues quería limitar al mínimo mis intervenciones. Más tarde tuve de su boca el relato de su conocimiento de Coral: «Cuando me dieron la llave, fui al departamento y ella no estaba. Me acosté. A la madrugada, sentí que me arrancaban violentamente la manta que me cubría y se la llevaban. Era ella que había llegado.»

Sergio y Lily regresaban un viernes. El jueves por la noche me llamó Gorgonio al trabajo: «Cuando salgas, ve corriendo a casa de Sergio, agarra a Coral y llévatela a tu casa. Me ha telefoneado el dueño del departamento que los vecinos han presentado una denuncia en la comisaría y la van a ir a buscar. Y el dueño ha recibido también un ultimátum de los vecinos, que o sale Coral de la casa o harán acción para el desalojo total del departamento, incluyendo a Sergio y Lily»

Inmediatamente pensé en la situación en que se encontraría el estudiante, agravada por su condición de chileno con radicación temporaria, si la policía lo encontraba habitando el departamento junto con una menor de edad. Corrí a la casa. No contestaba nadie. Fui a la vivienda donde habitaba el grupo de amigos, y allí lo encontré y lo conocí. Fuimos otra vez juntos al departamento. Coral no estaba. Dejé un letrero en la puerta, avisándola que viniera inmediatamente a mi casa, y le dije a Pancho que se volviera a la suya.

Al día siguiente regresaron Sergio y Lily de Mar del Plata. A Sergio se le echaron encima los vecinos, su padre, el dueño del departamento, el estudiante y la comisaría. Esa misma tarde se presentó en mi trabajo:

— Tengo que venir a pedirte que vuelvas a tener a Coral.

— Sabes que no la puedo dejar en la calle, pero yo ya no tengo fuerzas para volver a reiniciar todo lo que construí con tanto esfuerzo y fue destruido. Tienes que conseguirme una persona que me ayude.

\* \* \* \* \*

## La internación

Y así, volví a empezar.

Telefoneé nuevamente al profesor particular, volví a inscribirla en la academia de inglés, y Sergio habló con Pancho proponiéndole que se encargara de acompañar, vigilar y controlar a Coral, a cambio de casa, comida y un pequeño sueldo. Aceptó. Sergio inició jiras artísticas por el exterior con su cuarteto vocal y no volvió a aparecer en mi vida ni en esta historia hasta marzo de 1975.

Transcurrió así octubre y noviembre, pero Coral no volvió ya a ser la niña que me perseguía pidiéndome que le tomara la lección de inglés, sino que siguió siendo la figura ya conocida de la Galería del Este. La inscribí en un colegio para que asistiera a clases de la escuela primaria para adultos. Dejó de ir porque se peleó con la directora. Volví a inscribirla en la otra academia. Dejó de ir. Y seguía sin cumplir con las visitas a su psiquiatra del momento, el doctor B., a quien el doctor A. la había transferido cuando ella no quiso que la visitara más. Hasta que la necesidad de arbitrar alguna solución se hizo ineludible.

Su psiquiatra, el doctor B., insistía en que no podía haber tratamiento efectivo si la niña no estaba enmarcada en un ambiente regular y convenientemente alimentada. Tuve que ceder y empezar a admitir la idea de una internación, con tal que fuera voluntaria, breve y excluyendo los tratamientos violentos de comas insulínicos y electroshocks, que tanto la habían perjudicado en Chile. Pero había que lograr dinero para ello: escribí con ese fin a su padre una carta bastante larga y dramática, amén de severa, que no contestó.

Decidí seguir adelante. De alguna manera sacaría yo el dinero. El doctor B. convenció a Coral con mucha suavidad; le habló de algunos días de reposo en un lugar agradable, e incluso la llevó un día personalmente a la clínica para que la conociera. Era realmente bonita y moderna. Coral fue con mucha prevención (pues ya había sido internada mediante engaños en Chile), pero aumentó su confianza en el doctor B. cuando, cumpliendo éste su palabra, salieron juntos y pudo regresar a casa después de visitarla.

En algunas sesiones más la acabó de convencer, y llegó el día en que debí acompañarla para dejarla allí. Yo tenía un nudo en la garganta y admiraba su resignación y valor. En ningún momento trató de escaparse ni de protestar, pero las dos nos sentíamos con igual aprensión.

Fuimos recibidas por el director, que, con su «oficio», empezó una conversación directa con ella, llena de piropos, chistes y simpatía. En el curso de la misma la iba interrogando, y Coral se sentía en ese estado de felicidad que yo ya le conocía por sentirse importante. En ese entusiasmo se perdió, no ya exagerando, sino inventando síntomas: desde oír voces hasta ver colores, todo lo admitió. El resultado fue que cuando salí con el director al vestíbulo mientras ella quedaba en el consultorio, me dijo:

— Es un caso muy grave; necesita internación inmediata y prolongada, análisis completos, alimentación endovenosa, tratamiento insulínico y varios electroshocks.

Me opuse:

— Jamás.

- Bueno, no se preocupe; de todos modos, no podemos hacer ni electroshocks ni comas insulínicos sin autorización firmada por un familiar, y como usted es su tutora en el país, si usted no la firma puede estar tranquila, que no se le harán.

En ese momento lo llamaron, y yo me reuní con Coral:

- Moti, yo no me quiero quedar aquí; me quiero ir.

- No, Coral; has venido voluntariamente, has dado tu palabra al doctor B. y a mí, y ahora te tienes que quedar. Piensa que no estarás mal, mira que hay aquí otras chicas y muchachos jóvenes con los cuales puedes ser amiga.

- No, no me quiero quedar.

- Lo siento, pero te quedas.

Volvió el director:

- ' Bueno, ven, Coral; te voy a presentar a algunos amigos; verás qué bien vas a estar aquí.

Nos llevó al anexo (en el edificio principal no había vacantes por el momento y el anexo era mucho más triste y sombrío) y llamó a dos o tres internados jóvenes para presentárselos. Coral seguía cada vez más asustada:

- No importa, yo no me quiero quedar.

Después de diez minutos de argumentaciones, el director se impacientó:

- Yo sé ser amable con quien lo merece, pero no me gusta la gente caprichosa. Te vas a quedar y vas a obedecer. Y ahora te van a sacar sangre para hacerte un análisis.

En esos momentos yo era Coral. Sentí la dureza de esas palabras como si estuvieran dirigidas a mí, y mi corazón palpitaba cada vez más de prisa, como el de ella.

Coral dio unos pasos hacia atrás y se puso a gritar:

- ¡Moti, no me dejes, no me dejes!

Yo sentí que las lágrimas me asomaban.

Viendo mi silencio e inmovilidad, ella continuó, mientras miraba acercarse a dos enfermeros que la tomaron por los brazos:

- Está bien, me encerrarán a la fuerza, igual que en Chile, igual que en Chile. ¡Moti, por favor!

Yo ya no veía nada y me daba vueltas la cabeza. La llevaron a una habitación contigua y los gritos fueron disminuyendo.

- Ahora se calmará — me dijo el director —. Le hemos puesto una inyección de «Valium». Me ha hecho perder mucho tiempo. Venga a firmar, señora.

- Espere, doctor; querría aclarar una cosa: yo la dejo, pero si dentro de dos o tres días ella sigue insistiendo en que no quiere quedarse, yo no voy a tener corazón para soportar esto, y mi deber es avisarle ahora.

- ¿Y quién le ha dicho que usted la verá? Ustedes, los profanos, se quieren meter en lo que no saben y así acaban las cosas. Esta chica necesita una rigurosa mano médica y un intensivo tratamiento médico; una vez internada, usted ya no tiene nada que ver con ella. La ha depositado en manos de la ciencia. La verá, sí la ve, cuando nosotros consideremos, mucho más adelante, que puede venir a visitarla.

- Pero, doctor, lo que yo había hablado con el doctor B. es que Coral entraba aquí para hacer unos días de reposo y llevar una vida ordenada mientras él venía aquí a hacerle sus sesiones de psicoterapia...

- ¿Psicoterapia? No me haga reír. Vamos a hablar claro de una vez, señora: la

psicoterapia es uno de los grandes mitos del siglo xx. Y ahora firme, que ya me han hecho perder bastante tiempo.

Pancho había aparecido por su cuenta en la clínica y había permanecido a mi lado todo este tiempo, inmóvil y silencioso. Mi angustia llegó a un punto insostenible. Si firmaba, yo no sólo podría volver a vivir, sino que contaría además con el apoyo y el beneplácito moral de mi familia y de la sociedad. Había querido probar por mis medios, había fracasado, debía entregarla en manos de quienes sabían más que yo, por el propio bien de ella... Si no firmaba... asumía una responsabilidad inconmensurable. No tenía sentido. Yo misma había llegado a la conclusión de que era una tarea superior a mis fuerzas en la cual nos íbamos a hundir las dos..., pero sus gritos y su «¡Moti!» aún iban llegando, cada vez más débiles, a mis oídos.

- Perdone, doctor, pero yo no firmo. Me la llevo.

- Bueno, usted asume la responsabilidad. Y se va a arrepentir - dijo, ya a gritos desaforados, el director- . Me voy, que ya me han hecho perder demasiado tiempo. Pero no vuelva nunca más por aquí.

Y se fue furioso, sin saludar.

Fui hacia la habitación donde estaba Coral, ya con la cabeza caída sobre sus hombros.

- Coge tu cartera- . Me miró con los ojos entornados, con expresión de no comprender—. Nos vamos, Coral.

- ¿Nos vamos?

- Sí, Pancho, ayúdame.

Coral me miró y esbozó esa sonrisa dulce que me perdía. Pancho la tomó de un brazo y yo del otro. Pasó una enfermera:

-Nos puede abrir, por favor?

- ¿Abrir? No, no, yo no puedo sin permiso del director. Voy a averiguar si él ha dejado alguna orden.

Desapareció unos minutos que se hicieron interminables, mientras, delante de la puerta llena de cerrojos, Pancho y yo, aguantando a Coral, que no tenía fuerzas para tenerse en pie, quedábamos mudos, a solas con nuestros pensamientos.

Al final apareció un enfermero, que confirmó que podían abrirnos la puerta. Nueva desaparición. Nueva espera. Inmenso manojó de llaves. Varias vueltas para abrir, cuyos «crac, crac» resonaban en el silencio total, que contrastaba con los gritos anteriores. Se abrió pesadamente la puerta y Pancho y yo salimos, arrastrando a Coral, a la luz del sol. Era la una y media de la tarde. Hacía un día hermoso, con un cielo muy azul. Pancho me dijo:

- ¿Te das cuenta de la responsabilidad que te has echado encima?

Yo lo único que sé es que desde aquel día odio los cerrojos.

\* \* \*



## SEGUNDA PARTE

1975

### **Cambio de rumbo: el tratamiento psicoanalítico**

En enero, Pancho había desaparecido de nuestras vidas tras algunos acontecimientos en los que demostró que su interés por Coral y sus declaraciones de que consagraría sus esfuerzos para su recuperación eran sólo palabras. Pero siempre que desaparecía un personaje ingresaba otro, u otros, en nuestras vidas, y el año 1975 fue pródigo en ellos.

Llegó Pilarín. Quería abandonar Chile y trasladarse a Venezuela, pero antes tenía que regresar a Chile para renunciar a su puesto y levantar la casa. Me propuso que enviara a Coral directamente a una clínica en Caracas, sola por avión, idea que rechacé y sustituí por la propuesta siguiente: intentaríamos probar la eficacia, en su caso, del tratamiento psicoanalítico. Si hasta julio progresaba, seguiríamos adelante. Si no había mejorado, con Pilarín en Caracas ya instalada y dispuesta para recibirla, yo la enviaría. Pero como Coral no podía iniciar su psicoanálisis hasta marzo (pues el doctor T., como todos los psicoterapeutas, tomaba sus vacaciones en febrero), su madre insistió en que concurriera a una clínica de día (desde las doce hasta las seis de la tarde) donde se hacía terapia fundamentada en labores artesanales. La idea era buena. Lo complicado fue convencer a Coral de que «fuera a ese colegio», como decía su madre. «¡Qué colegio, mamá; si es una clínica! ¿No ves que hasta en la puerta lo dice?» Tras una extenuante conversación en la que Pilarín, el director suplente y yo desplegamos nuestras mejores artes para convencerla, aceptó, pero... «hasta fin de febrero nomás, ¡eh!; después la dejo»,

Al volver a casa, a las siete de la tarde, ocasionaba los mismos problemas de siempre: las caminatas, los cigarrillos y los litros de «Coca-Cola» no eran suficientes para calmar sus nervios. Mis constantes esfuerzos para conducirla hacia la lectura sólo habían logrado que me hiciera gastar un dineral comprándole revistas femeninas, de las cuales leía estrictamente las predicciones del horóscopo. Y seguía siempre presente, como una cruz sobre mí, la eterna solución: el irse a la calle sin rumbo.

### **Nuevos personajes en el ambiente de la casa**

Una noche de lluvia aparecieron en mi casa dos jóvenes chilenos, ex compañeros, en la Escuela de Experimentación Artística de Santiago, de Beatriz, la hermana de Coral, donde también había concurrido ésta. Uno de ellos — Néstor — tenía su puesto de dibujo en la Plaza San Martín, y habiendo visto deambular por allí a Coral (figura célebre en la plaza, situada frente a la concurrida Galería del Este), le había hablado y le había ofrecido sus elementos para dibujar y pintar. Ella les había dado la dirección.

Cuando tocaron el timbre y abrí la puerta, yo ignoraba todo eso, y estuve a

punto de cerrársela en las narices creyéndolos unos más de los tantos que diariamente intentaban introducirse en mi casa, convocados por una sonrisa callejera de la niña. Pero se aclararon las cosas, y como el otro – Enrique - partió a los pocos días, de regreso a Chile, Néstor siguió viniendo con cierta frecuencia, con gran alegría de Pilarín, que le hizo las habituales recomendaciones de que «ayudara a cuidar a su pobre niñita enfermita». En cuanto a Coral, la alegría fue mayor aún. Néstor era lo que se dice un buen mozo, y además era tranquilo, suave, paciente y bueno. Tocaba la guitarra, cantaba y era poeta. Coral se enamoró de él: lo instituyó en su amor platónico (no porque ella deseara que fuera platónico, sino porque Néstor supo manejarla siempre tratando de contener sus intenciones). A veces, cuando Néstor aparecía, yo les daba dinero para que se fueran a cenar o al cine. Eran mis únicos momentos de tranquilidad y seguridad.

Sergio seguía viajando desde su casamiento, primero a la Antártida y a las Malvinas, en giras de turismo de la Flota del Estado, y después en el *Eugenio C*, de la compañía *Italmar*, en crucero por las islas del Caribe hasta Miami, integrando, con el cuarteto vocal, el show del barco. Como Coral en el único aspecto en que no perdía el tiempo era en mantener abastecida su provisión de «amigos» (como ella los llamaba, como resultado de mis laboriosos discursos sobre la diferencia entre la amistad y el amor), se había conseguido también un personaje relativamente permanente, un barbudo ya de cierta edad (veintisiete o veintiocho años), pero adscrito al hippismo y a algún culto orientalista, que prestaba su buena colaboración ofreciendo, de vez en cuando, algunas horas de relativa garantía. Se llamaba Julio y vivía en La Plata. Coral hacía sus creaciones en la clínica (ceniceros, espejos con motivos de metal labrado) y las adornaba con el nombre de sus amados, pues amaba a los dos: a Néstor, como amor inaccesible, y a Julio... nunca pude saber cómo, ni me preocupé demasiado tampoco.

En ese cuadro de relativa tranquilidad aparecieron dos personajes más cuyo pintoresquismo era digno del de mi sobrina.

## **Patricio**

Una noche, cuando Pilarín estaba aún en Buenos Aires, madre e hija se pelearon terriblemente. Pilarín lloraba. La tomé de la mano y le rogué que se fuera, diciéndole que yo me haría cargo de la situación. Coral se quedó más nerviosa (si ello es posible) que lo habitual y me la vi venir: era inminente la «arrancada» a la calle, Y ya era de noche. La solución de cerrar la puerta con llave y mandarla a dormir a su cuarto era impracticable. No podría realmente ponerme a detallar por qué, pero mi único argumento para convencer a los que lean esto es decirles, que si hubiese sido posible, yo no hubiera dejado de hacer una cosa que me garantizaba la seguridad y la tranquilidad. Yo me caía de cansancio, de sueño y de gripe. Tenía fiebre. Le dije: «Estás muy nerviosa, ¿no?» «Sí.» «Bueno, ¿quieres que vayamos a ver a Néstor?» Aceptó encantada. Él le había dado dos direcciones, la del trabajo y la de casa, pero Coral no había preguntado cuál correspondía a cuál. Naturalmente, la idea me costó un dineral de taxi, pues a la primera que fuimos resultó una imprenta con la cortina metálica bajada (Néstor diseñaba allí una revista). La segunda, una portería vieja, cerrada y sin timbre. Estábamos allí desesperadas, tratando de llamar con los nudillos, con monedas, con el llavero, cuando llegó un muchacho que sacó la llave para entrar. Nos «colamos» con él y le preguntamos si allí vivía Néstor P. Vivía y lo

conocía. Es más, sabía que había salido con unos amigos y que quizá volvería pronto. Pero Coral en pocos segundos se había desinteresado por el regreso de Néstor. Y no era para menos..., ¡un joven nuevo! «¿Eres chileno? ¿Tienes discos? ¿No me los quieres mostrar?»

Patricio no entendía nada. Y entendió aún menos cuando yo, adhiriéndome a la idea, les propuse que fueran un ratito a su pieza para mostrarle los discos y que después me encontrarán en un café de la esquina. Me fui para allá, me compré un diario y me puse a esperar, feliz de haber calmado momentáneamente a Coral. A los diez o quince minutos aparecieron. Diez minutos más juntos y yo completé la operación. Coral estaba con un joven nuevo, sabíamos cómo se llamaba, dónde vivía y que era conocido de Néstor. Suficiente. Anuncié que me iba a casa a dormir y pedí a Patricio, dándole la dirección, que no me la trajera más tarde de las doce.

En los días subsiguientes, Patricio -que estaba tan loco como ella- se enamoró de Coral. Le compraba todo lo que quería. Tenía celos de Néstor. Según Coral (quizás un poco exagerada), lo quería matar. Coral estaba radiante. Patricio tenía veintidós años. A los dieciocho lo habían obligado a casarse con su novia, que, al quedar embarazada, en vez de notificárselo a él, se lo fue a comunicar a sus futuros suegros. Los padres de Patricio le dijeron que se tenía que portar como un caballero y organizaron la boda. Naturalmente, fue un desastre. La dejó a los pocos meses y se fugó con una mujer casada, de treinta y tantos años, a la que amaba o creía amar. Se puso a trabajar de mecánico de automóviles, alquiló un pisito y vivió allí trabajando y adorando a su elegida, hasta que ésta demostró no estar a la altura de su amor. Y Patricio se vino a Buenos Aires, donde vivía solo en un cuartucho, reventándose las manos en los motores todo el día, trabajando hasta la extenuación para no pensar, y dándose al alcohol por la noche. Coral pasó a ser para él la dulce niña en quien podía depositar todo el idealismo inactivo. No podía haber elegido peor objeto.

Llegó una noche en la que Coral me tenía que presentar al tal Julio (el barbudo de La Plata), que ya había durado lo suficiente como para poder ser admitido en casa (pues yo había estipulado no sé si un mínimo de una semana o dos de duración previa, para poder así reducir el número de frecuentadores).

Esa noche llegué a casa del trabajo. Estaban mi madre, Pilarín y una señora amiga de ella, ex compañera del Conservatorio Nacional.

Mi hermana se precipitó a contarme: Coral estaba muy mal, porque ese chico nuevo (se refería a Patricio) había aparecido trayendo pollo y patatas fritas de una charcutería para quedarse a cenar. Ella los había enviado juntos a comprar «Coca-Cola» y en el camino habían entrado en un bar. Hablando, Patricio se había tomado cualquier cantidad de ginebra, y al ver que Coral sonreía a otro muchacho la había reñido y le había apretado el brazo hasta hacerle un moretón. Coral estaba indignada y no quería saber nada más con Patricio, que estaba tocando a cada momento el timbre del portero automático pidiendo que lo dejaran subir. No bien acababa Pilarín de contarme eso, cuando volvió a sonar. Atendió Coral: «No, vete; no quiero verte nunca más...» Al rato, el timbre de la puerta. Había logrado subir. Pilarín lo echó. A los pocos minutos, el portero automático. Yo dije: «¡No atiendan! Coral, ven, baja conmigo.» Patricio estaba tambaleándose, borracho perdido, en el portal. Dije: «Patricio, lo siento mucho, pero si Coral dice que no lo quiere ver más, usted tiene que entender y respetar su decisión; no tiene sentido seguir insistiendo así.» Patricio me miró como si por primera vez entendiera. Miró a Coral: «¿Es verdad, Coral?» «Sí, es verdad.»

«Bueno, entonces... — le acarició la mejilla—, que seas muy feliz.» Dio media vuelta y caminó hacia la calle. A mí me daba pena. Subí. Nuevo timbrazo. Susto general. No, era Julio, el de La Plata, que venía a cenar. Cenamos el pollo y las patatas fritas traídas por Patricio. Yo miraba a Coral, feliz coqueteando con Julio, y no podía dejar de pensar en la injusticia de que éste estuviera usufructuando el pollo y el lugar de Pato (\*).

A mitad de la cena, de nuevo el timbre del portero automático. Patricio otra vez. Pilarín nuevamente lo conminó a que dejara de molestar. Intervalo de tranquilidad. Acabamos de cenar y Julio se fue. Timbrazo. Pilarín entreabre, con la cadena puesta, y lanza un grito de horror. El cuerpo de Patricio aparece tendido en el suelo, en el pasillo. Confusión general. Yo: «Hay que entrarlo, arrastrándolo, para que no lo vea la señora de enfrente. ¡Mi prestigio, Dios, mi prestigio!» Pilarín: «¿Y si se está haciendo el desmayado o el muerto y una vez dentro nos ataca?» Mamá: «¡Ay!, yo no sé, pero todo esto pasa por recibir en la casa a estos chicos.» La amiga de Pilarín no dice nada; estaba demasiado asustada. Coral: «Podría ser que estuviera muerto; yo he oído decir que a los borrachos a veces les da ataque de corazón, y a él le dolía el corazón.» Después de unos minutos de estas y otras consideraciones simultáneas, se aceptó una propuesta de Coral: llamar al portero. Lo llamó. Espiamos por la puerta entreabierta. Cuando salió del ascensor, Patricio empezó a incorporarse y Pilarín pidió al portero que lo acompañara hasta un autobús o un taxi. Nuevo espacio de tranquilidad. Timbre. Abre la amiga de mi hermana y cierra espantada: «¡Otro hombre!» Voy a mirar: «No, es el portero.» Venía a avisar que había dejado a Pato en un autobús: «Pobre muchacho; es correcto y me dio lástima.» La amiga de Pilarín vio el cielo abierto para tener la oportunidad de escaparse sin ser atacada. Se despidió velozmente y se fue.

Nos disponemos a acostarnos. ¿Adivinan? Sí, portero automático. Atiendo yo, y oigo la voz de Patricio, suplicante: «¡Coral!» Me pongo el abrigo. Pilarín, Coral y mamá se precipitan: «¿Qué vas a hacer?» Yo: «Atrás; esto lo arreglo yo de manera definitiva.» Coral: «¡Yo quiero bajar, yo quiero bajar!» Yo: «No, te quedas.» Pilarín, trayendo a la perra con el collar puesto: «Ten, lleva a la perra.» (La escena transcurría ya en el pasillo.) Mamá: «¡Nena, por favor, no bajas!» Yo (harta): «¡Atrás, todos adentro!» En ese momento, Patricio (que había logrado colarse nuevamente) salía del ascensor. Lo tomé fuerte de un brazo: «Patricio, usted y yo vamos a bajar a la plaza, nos vamos a sentar en un banco, que corre aire fresquito, y vamos a hablar, ¿de acuerdo?» Asintió. Bajamos, nos sentamos y hablamos. Me contó algo de su historia. Le dije que si quería ayudar a Coral no podía estar enamorado de ella, porque, enamorado, ella lo destrozaría a él. Coral no iba a cambiar de la noche a la mañana. Seguiría coqueta, insensible, acumulando triunfos en la única esfera en la cual se sentía hábil y poderosa: en la de las conquistas. La forma de ayudar a Coral era, como hacía yo, objetivando, tomando distancia. A pesar de quererla mucho -y justamente por eso- tratando de que los sentimientos no se interfirieran. Entendió. Fuimos a tomar café y se despejó algo. Regresamos. «Ahora, ¿puedo despedirme de Coral?» «Bueno, si es sólo despedirse.» La llamé por el portero automático: «Puedes bajar sin miedo.» Cuando apareció, me aparté un poco para que hablaran solos unos minutos. Coral volvía a estar radiante. Indirectamente había sido la protagonista de la noche.

En los días subsiguientes, Pato y Néstor venían con frecuencia y tocaban la guitarra y cantaban junto con ella. Pato se resignó, y hasta abría la puerta y atendía amablemente cuando aparecía Julio. Recuerdo que un sábado por la

tarde, cuando me desperté de dormir la siesta y salí al comedor, Julio estaba conversando con mamá en el balcón, y Patricio, teniendo a Pilarín y a Coral de espectadoras, se había subido a una escalera y lavaba el techo de la cocina, totalmente lleno de misteriosas manchas marrones; Coral había querido hacer dulce de leche y había puesto una lata de leche condensada en baño María. Y después, se adivina, ¿no?... «¿Por qué no haces que lo limpie ella?», pregunté a Pilarín. «Porque ya ha probado y lo ensucia mucho más», fue la respuesta conjunta de Pilarín y Pato.

Fue una relativa buena época.

- (1) «Pato» es el apodo que dan en Chile a los Patricios,

## Olga

Ex cantante de fama, o sea actual cantante sin fama, bordeando los sesenta, bello rostro, figura estropeada por kilos de más. Toneladas de gracia y simpatía.

Se había peleado con una amiga en cuya casa estaba hospedada. Mucho más tarde supe que era la quinta o sexta de una cadena. Regresaba a su país el viernes. Era martes por la noche. No dijo que no tuviera dinero para pagarse hotel, pero la cosa flotaba en el aire. Le insistí: «¿Para qué va a gastar en un hotel? Véngase a casa.» Se quedó cuatro meses. ¿Cómo? Primero, porque yo era excepcionalmente tonta y crédula. Segundo, porque ella era excepcionalmente lista y mentirosa. La primera vez había cambiado su pasaje del viernes para el otro martes porque estaba esperando un cheque importante y era mejor recibirlo personalmente en Buenos Aires. Después... le habían dicho que por qué no devolvía ese pasaje y se iba gratuitamente en el avión militar de su Embajada. Después... ese mes no había lugar en el avión. Después... se iba seguro el día 15. El día anterior decidía postergar porque a la semana siguiente podría viajar acompañada por una amiga... Y siempre así, con variantes interminables. Una de las últimas fue la carencia de determinados documentos de viaje, lo cual evidenciaba la falsedad de las anteriores. Pero, la verdad, al principio divertía con sus actitudes de artista excéntrica, con los relatos de su vida a través del mundo. Mi madre estaba fascinada. Coral, no tanto. Era celosa y quería tener la exclusividad del «vedettismo».

Olga tenía muchas extrañas cosas de similitud con Coral: dieciséis y sesenta años, pero las dos me tiraron («se les cayeron sin querer») alfombras por el balcón. Las dos olvidaban las llaves encerradas en los sitios más extraños, lo que me suponía estar llamando continuamente al cerrajero. Las dos rompían todos los platos, tazas y vasos que tocaban. Olga ganaba en un aspecto: hablaba mucho más. Hablaba sin parar, desde la primera hora de la mañana en que asomaba su cabeza en mi habitación, y entraba después entera con rizados, un pañuelo en la cabeza, bata y unas zapatillas mías, hasta la última hora de la noche, en que, habiendo entrado también en mi habitación, seguía hablando cuando yo me había quedado dormida, vestida, arrullada por su voz.

Se peleaban, porque las dos hablaban claro. Olga: «¿Pero no ves que eres una chiquilla mal educada que estás matando a disgustos a tu tía?» Coral: «Yo

creo que la Moti si está nerviosa es por usted, que le habla demasiado y le hace doler los oídos.»

Todo este conjunto de personajes — Néstor el silencioso, Patricio el alocado, Julio el inescrutable, Olga la delirante, Pilarín en sus visitas, mamá observando callando y desaprobando; Lily, la embarazada, la esposa de Sergio viajero — eran las figuras principales, dentro de una serie de entradas, salidas, idas y venidas a las que se sumaban los «amigos» transitorios de Coral, que eran vigilados y ocasionalmente puestos en su lugar por el equipo Néstor-Patricio (\*).

Y así llegamos a fines de febrero, en que Coral dijo: «Bueno, ya acabó febrero; no voy más a la clínica. Ahora quiero estudiar: fotografía, guitarra, actriz y modelo.» Y yo contestaba: «El primario, Coral, el primario...»

*(1) Y en la esfera irracional de la casa se añadió a la perra y a la gata la presencia de Renata, una tortuga de dos centímetros que Coral se había hecho comprar por Patricio y cuyo cuidado y alimentación se añadió a mis «escasas» ocupaciones. — N. de la A.*

## **El segundo intento de culturalización**

Ni Olga, ni siquiera Olga, que la acompañó personalmente para inscribirla, logró hacerla entrar en ningún colegio. De una lista de tres o cuatro laboriosamente conseguida (pues tenían que reunir las condiciones de estar céntricos, dictar las clases para adultos de tarde, y no de mañana ni de noche), ninguno de los horarios convino a Coral, que se las arreglaba para declarar, por ejemplo, que el curso de fotografía donde se había inscrito era el sueño dorado de su vida y que entonces la proximidad de horario no le daría tiempo de llegar a ese colegio, pero con mucho gusto iría a otro donde el horario lo permitiera..., pero en ese otro - ¡oh casualidad!-, cuando había ido a informarse se había peleado con una señorita tonta que—¡oh casualidad! — resultaba que era la directora; así que sería mejor ver en el otro, que — claro — la deprimía un poco por el color de las paredes... Quizá no luché lo suficiente. Por otro lado, los horarios no podían interferirse en sus cuatro horas semanales de psicoanálisis. El caso es que acabó inscrita en un curso de arte dramático, dos sucesivos de fotografía, uno de modelo profesional y uno de música, en el Colegium Musicum. El psicoanalista me decía que no debía presionar ni cargarla. Yo le contesté que coincidía con él, pero que Coral se las arreglaría inmediatamente para sacudirse de encima todo aquello que, aun solicitado por ella, descubriera que la molestaba. ¿Cuál era el objeto de gastar todo ese dinero en algo que a priori se sabía que no podía arraigar? En primer lugar, su lista de actividades la hacía sentirse importante; en segundo, le proporcionaba la posibilidad de convencerse por sí misma de que no estaba preparada para determinados aprendizajes, y, en tercero, se abría el camino, la posibilidad de que se arraigara en alguna de esas actividades, aunque sólo fuera en una. Además, yo tenía la esperanza de que, al frecuentar diferentes grupos, lograra algún tipo de integración humana, es decir, establecer relaciones de amistad con jóvenes de ambos sexos de otro nivel y con otro sentido, distintos a los que había tenido hasta entonces.

Empezaron los desastres. A un curso de fotografía fue sólo dos veces, y al otro, tres (y cada curso había requerido el pago previo completo) (\*). El de teatro le

entusiasma. Trató de mantenerse, pero sus compañeros le hicieron el vacío; perturbaba las clases, y fue muy delicadamente expulsada. Al de guitarra no asistía casi nunca. Yo le insistía en pintura, cerámica, pero se negaba terminantemente: lo asociaba demasiado con la terapia ocupacional de las clínicas. Había en ella el drama de estar fuera de la realidad y de no querer confiar en mi cariño y experiencia para entrar en este mundo que para ella era tan ajeno. Ante el fracaso de las inscripciones en los colegios de primaria para adultos, volví a llamar al profesor particular que tenía el año anterior. Conversó con él, pero no quiso tomar las clases. Su felicidad mayor fueron las lecciones de modelo. Por lo menos en ese curso no estaba yo tirando tanto el dinero, pues aun cuando, naturalmente, no lograría acabarlo, unas pocas clases le enseñarían por lo menos — y así realmente ocurrió — a caminar derecha, a sentarse y actuar como una mujer. Pues cuando describí su aspecto olvidé decir que caminaba encorvada, a grandes zancadas, y actuaba con movimientos de muchachito adolescente, hasta el punto de que con frecuencia era confundida como tal.

De todos modos, algo se estaba demostrando: Coral no mentía cuando decía que quería ser actriz y modelo. En ambos cursos puso su mejor voluntad, y en el último consiguió durar cuatro meses.

Mientras tanto, se iba interesando en sus sesiones de psicoanálisis. Y empezó realmente a haber cambios y progresos notables. Su mundo iba ensanchándose, adquiriendo otra dimensión. En conjunto, era como si se le estuviera aplicando un ciento por ciento de cosas de las cuales ella asimilaba apenas el diez o el quince por ciento. Pero algo es algo.

Ya no tenía hacia mí la agresividad del año anterior. Mi decisión de no internarla, ante sus ruegos, no agradecida en su momento, fructificó a lo largo del año 1975. Había recibido una prueba de amor, la primera verdadera prueba de amor de su vida, y ella lo sabía sin que habláramos de eso, pues tenía clara conciencia de las ventajas que me hubiera reportado a mí su internación.

Como ya me daba vergüenza acercarme a las academias frecuentadas el año anterior, me tiré a lo más alto: la Asociación Argentina de Cultura Inglesa. Podría parecer absolutamente disparatada mi actitud: pues bien, fue el único lugar de donde no sólo no fue expulsada, sino que jamás se me llamó por ningún problema y donde completó su curso de primer año, asistiendo regularmente.

Su empeño era conmovedor, y su drama, la soledad. Poco a poco se fue dando cuenta ella misma, y me dijo que necesitaba amigas, amigas de su edad. Por eso, insisto, yo había estado obsesionada por inscribirla en lugares tan diversos. En algún momento y en alguno de esos grupos podía aparecer alguien que ella sintiera que buscaba su compañía espontánea y desinteresadamente. Siempre había desconfiado, y con razón, pues los escasos jóvenes de ambos sexos que yo logré presentarle se acercaban a ella con la actitud del sano que va a ayudar en el tratamiento de un enfermo, y por más bien que desempeñaran su papel, ella lo percibía. Apenas con mis compañeras de trabajo — que, a pesar de ser jóvenes, eran ya mucho mayores que ella — pudo sentir sensación de espontánea amistad, y su apoyo y comprensión fueron para mí invaluable.

(1) Naturalmente, sus argumentos para justificar el abandono abarcaron cualquier posibilidad de motivos menos el verdadero, que es que se aburría y se sentía inferior porque no entendía nada. — N. de la A.

## Reaparece Sergio

Volvió el barco, del Caribe, con el cuarteto desintegrado. Las discrepancias artísticas, signo exterior, quizá, de otros conflictos que la asistencia conjunta a sesiones de psicodrama antes de embarcarse no habían podido resolver, habían estallado durante la travesía de regreso. Seguirían su carrera artística cada uno por separado. Triste noticia para mí, que había vivido la formación y el ascenso del grupo como si los cuatro fueran mis hijos, y no sólo uno de ellos.

La noche de su llegada, Sergio se veía preocupadísimo. A los dos días apareció en mi casa, con algún tipo de cambio en su rostro -creo que sin barba y el bigote modificado-, a preguntarme si conocía a alguien en el extranjero que pudiera recibirlo urgentemente a él y a Lily por una temporada. Le dije que lo pensaría. Al día siguiente, a las seis y media de la mañana, aparecieron sucesivamente en mi casa Gorgonio y Sergio. Lily y su madre, trayendo unos atados de ropa evidentemente recogidos con las mayores prisas. «Mira, en realidad sería mejor si nos pudiéramos ir hoy, y si puede ser esta mañana, mejor que esta tarde.» No hubo tiempo para muchas explicaciones más que las vagas protestas de absoluta inocencia y la explicación de que, por desgracia, habían sido detenidos unos compañeros de la Facultad por motivos políticos, y como éstos iban frecuentemente a estudiar a casa de Sergio, era prudente desaparecer inmediatamente por un tiempo, hasta ver qué pasaba (\*). Tomé un taxi y me fui al trabajo, en el Sector Cultural de la Embajada del Brasil, antes del horario de entrada, donde dejé una nota a mi jefe excusando mi ausencia y donde tenía el teléfono a mano (\*\*). Llamé a una compañía: no tenían vuelo ese día. Llamé a otra: salía a las trece horas (había pensado en una amiga mía en Río, que conocía a Sergio desde pequeño). Cuando mis compañeros subían las escaleras para entrar, yo bajaba. Otro taxi a casa: «Hay un vuelo a las trece para Sao Paulo; autorizan el pago de los pasajes en el aeropuerto; os he hecho las reservas.»

Coral se había despertado y estaba excitadísima. ¿Qué pasa, se escapan? ¿Se escapan? Las explicaciones de que se iban simplemente a pasear le debieron parecer infantiles, pero teníamos que intentar que no divulgara el asunto por toda la ciudad. Me subí a una escalera, saqué una maleta de encima de un armario, vacié su contenido en el suelo y metimos de cualquier manera la ropa que había traído Lily. Su madre le dio un puñado de pesos y dólares y nos despedimos llorando, mientras la mujer de la limpieza, por encargo mío, trataba de entretener a Olga, que se había levantado, en la cocina, preguntándole si no quería té en vez de café, para evitar que llegara al comedor y viera la escena.

Bajamos corriendo y tomamos un taxi: Sergio, Lily, la maleta y yo. «¡Al aeropuerto!», dije al taxista. «No — contradijo Sergio (aclarándome en voz baja: «Hay que despistar») —, ¡a Primera Junta!» Después de haber llamado al máximo la atención con ese cambio de órdenes y de haber corrido el riesgo de perder el avión por el tiempo que tardamos en hacer el cambio de coche en Primera Junta, llegamos al aeropuerto, me presenté, enseñamos documentos y dinero y, después de una angustiada y alarmante espera (\*\*\*), nos entregaron los pasajes en el momento en que se formaba la cola para embarcar. En ese momento aparecieron llorando los padres y la hermana de Lily, con los que subí después a la terraza para verlos partir. Lily permanecía muy serena, a pesar de estar entrando ya en el noveno mes. Sergio llevaba la dirección de mi amiga, que no se imaginaba lo que le iba a caer encima. Pasamos unos días angustiosos, sin



noticias, hasta que llegó una carta tranquilizadora: estaban cómodamente instalados en la casa, en las afueras de la ciudad, llevando una vida de pachás. Sergio me pedía que le hiciera llegar la guitarra.

Volvieron a pasar días y no llegaron más noticias. Para tranquilizar a la madre de Lily telefoneé a Río. Me atendió la criada, quien me dijo que había conocido a Sergio y a Lily, pero que ellos ahora ya no estaban allí, sino en Santos. Nadie entendía nada. Al día siguiente llamé a Alice a a su trabajo para tener alguna explicación y averiguar la dirección o el teléfono de Sergio,

Cuando le pregunté por qué se fueron allá, sólo recibí una respuesta misteriosa: “porque querían estar con sus amigos”.

Cuando telefoneé a Santos esa misma noche, lo entendí todo. Antes de partir, Sergio había dado la dirección de Alice a otro compañero de Facultad, que se había presentado allí con su mujer y con su nene de dos meses. Naturalmente, mi amiga, que no tenía por qué cargar a su costa con cuatro personas, un bebé y otro a punto de llegar, les dio un plazo razonable, consiguió dinero para prestarles y les sugirió que se trasladaran a Sao Paulo aduciendo que Sergio podría desarrollar allí con mayores posibilidades que en Río sus actividades artísticas. El día en que yo me enteré de todos estos sucesos, el alumbramiento de Lily era inminente. El mensaje telefónico fue: «¡Envíen dinero!» Se habían metido todos en un piso amueblado del cual debían alquilar atrasado, no tenían qué comer y nadie conseguía trabajo. Sergio vendía cositas por la playa.

Lo que pasó después está consignado en un diario que escribí al culminar una semana que me dejó los nervios destrozados, con bastante razón, como se podrá comprobar al leerlo.

(\*) En aquella época de terror, los cadáveres de los sospechosos de opositores al régimen solían aparecer carbonizados en cualquier descampado.

(\*\*) Ni con pedido oficial de la Embajada se conseguía la instalación de una línea telefónica en Buenos Aires. Viví seis años en ese piso sin conseguirla.

(\*\*\*)En esos años, las compañías de aviación recibían listas de sospechosos para, si alguno de ellos se presentaba, negarle el pasaje y avisar a la policía.

## DIARIO DE UNA SEMANA

Personajes:

Lily: mi nuera.

Delia: hermana de Lily.

Luisa: madre de Lily.

Raquel: tía de Sergio.

Ana María: tía de Sergio.

Susana: amiga de la Facultad de Sergio.

K.: amigo mío.

Telles: ex jefe mío.

Athayde: actual jefe mío.

Mónica: integrante del cuarteto de Sergio.

Alice : amiga mía en Río.

José María: periodista amigo.

Señora Mary: amiga mía de la Cía. de aviación.  
 Andrea, María Elena y Clara: compañeras de trabajo.

Abril de 1975

### **Lunes**

Trabajo desde las diez hasta las veintiuna (me había acostado a las tres y media). No puedo ir a la clausura de mi propia exposición ni a la inauguración de un pintor amigo. Olga me comunica que se quemó la nevera.

### **Martes**

Trabajo desde las nueve y media y acabo el informe a las catorce. Noticia de la internación de Athayde en un hospital. Por la noche voy a casa de K., después de haber tenido que pasar por casa y escuchar sucesivamente a Coral y a Olga. Por la mañana había llamado a Río y supe que Sergio y Lily «se habían ido a Sao Paulo». Desesperación de la madre de Lily.

### **Miércoles**

Toda la mañana angustiada por hablar con Alice en su trabajo. ¡Nueve minutos, 68.000 \$! Me entero de la dirección y el teléfono de Sergio y que están en Santos. Me quedo sin salir a comer por esperar la llamada. Aparece Telles y me endosa una enorme traducción al inglés. Por la noche me encuentro con Luisa y Delia. Vamos a telefonar a Sergio. ¡Catorce minutos, 102.000 \$! Aceptan volver. Vamos a casa de los padres de Lily. Sección humillaciones para mí («Ese chico es un inconsciente», etc.). Envío a Coral a telefonar a Gorgonio y Raquel que vengan. Dice que no contestan. Me levanto de la cama, me visto, voy yo a llamar y realmente no contestaban. Vuelvo y envío a Coral en taxi a buscarlos; vuelve sin nadie.

### **Jueves**

Llamo a Susana para pedir su opinión sobre la conveniencia del retorno. Llamo a la Cía. de aviación y reservo pasajes, pero no pueden librarlos sin cobrar. Llamo a Delia y se ofrece a ir y a pagarlos. Delia llama a Sergio y le informa que tiene los pasajes. Me llama Athayde para decirme que el hermano de Olga ha muerto y que yo le dé la noticia. Contactos telefónicos míos para conseguir la prolongación de su visado para que pueda tener su pasaporte en regla para viajar.

Me llama Telles para saber si ya acabé la traducción. Le digo que no la empecé. Me dice que tengo que hacerlo y que debo buscar doscientos cincuenta nombres de personas adecuadas para mandarles invitaciones para una conferencia que va a dar, y que las invitaciones tienen que salir por la tarde. Me llama Raquel y le informo que Sergio y Lily llegan al día siguiente. Me llama José María y me dice que tiene dos entradas para el circo para mamá y Coral. Como mamá tiene el teléfono estropeado, le mando el mensaje a través de un ordenanza, pagándole el taxi. A la tarde viene Mónica. Voy con ella a casa y le cuento la historia de la ida a Brasil de Sergio y Lily. Llega Andrea, que viene a acompañarme a dar la noticia a Olga de la muerte de su hermano. Antes me había llamado K. para preguntarme quién le podía escribir musicalmente una zamba. Le digo que no puedo ir a verlo y le sugiero la persona. Se enfada y dice que no piensa venir él a mi casa. Envío a Coral al circo. Llega Olga, cenamos con Mónica y Andrea, vamos al lugar donde canta Mónica y al volver, a las dos y media de la madrugada, le doy la noticia a Olga y me quedo casi una hora más con ella. Por la tarde había dejado un mensaje para Athayde pidiéndole para faltar el viernes por la llegada de Sergio.

## Viernes

A las once llama Sergio diciendo que no pueden venir porque Lily se torció un pie y además no la dejan viajar, por considerarlo peligroso (\*). Llamo a Delia; no está, y la madre va a buscarla. Llamo a la compañía y anulo los pasajes. Llega Athayde. Hablo con Delia: no se decide a viajar. Hablo con la señora Mary, de la Cía. de aviación, y me dice de un eventual portador que sale a las dieciséis horas y con el cual se puede encontrar Sergio en el aeropuerto de Sao Paulo entre el vuelo tal y tal—'porque el hombre cambia de avión para seguir a otro lado — si le damos dinero para que lleve. Cuento toda la historia a Athayde, quien me da un cheque de US \$ 200 (que al final no uso). María Elena me ofrece billetes de dólar a reponer por billetes también.

Athayde me pregunta si preparé el informe que me había pedido. Le digo que no empecé nada. Hago cinco líneas de la traducción de Telles. Hablo con Delia y me dice que está discutiendo con su marido la posibilidad de viajar y llevar el dinero ella- Tomo 130 dólares de María Elena y 400.000 pesos de Clara y los preparo en un sobre.

Me llama Athayde y me dice que necesita en el momentó la información del tiraje de todas las publicaciones periódicas del país, actualizada. Llamo al Instituto Verificador de Circulaciones y me dicen que «quizá», llevando carta de pedido de la Embajada. Yo misma preparo una carta de presentación para mí, que es firmada por Athayde. Llamo a Ana María y le digo que Sergio pedía que le llevaran la guitarra; que vaya a mí casa, agarre las llaves de Sergio, vaya al departamento de él, tome la guitarra y se la lleve a Delia. Hablo nuevamente con Delia y me confirma que va. Son las dos y cuarto. Combino para encontrarme con ella en las oficinas de la Cía. de aviación. Llamo al psicoanalista, que no puedo ir. Bajo, me como un sandwich, voy a la Cía. Antes compro un regalo para la señora Mary y pido que se lo entreguen. Me encuentro con Delia, le doy el dinero, tomo un taxi, vuelvo al trabajo. Telefono para saber si mandan los cheques de los sueldos. Dejo instrucciones a María Elena para que cobre el mío y compre ya US \$ 100 para devolverle. Salgo en taxi para el IVC, presento la carta, obtengo los datos y vuelvo al trabajo. María Elena tiene que enviar al ordenanza a buscar mi cheque para ir directo al Banco porque están a punto de cerrar. Athayde me dice que Olga no viajará porque no hay lugar para ella en el avión militar gratuito, según informes transmitidos; atiendo a dos clientes distintos y cumplo con el resto del trabajo del día. Me llama Gorgonio desde Rosario para preguntar qué ha pasado. En el momento de la salida me mandan a un tipo para que le haga una carta de presentación. Vuelvo a casa, encuentro a Coral, doy agua y comida a tortuga (que nadie le había dado en todo el día). Viene Olga, me hablan las dos; viene Ana María para decir que no había hecho nada de lo de la guitarra «porque no contestaba nadie en casa de los papas de Lily». Mando a Coral a buscar empanadas, tomo vino, se va Ana María, me desplomo en la cama y me quedo dormida mientras Olga me habla.

(\*) el parto era inminente, concretamente se produjo ese día

En los días subsiguientes, mi sistema nervioso se acabó de derrumbar, y solicité las vacaciones. Tomé un avión y me fuí a Santos. El relato de mi estancia allí no corresponde al tema tratado en estas páginas, aun cuando encajaría muy bien en el tono general por su carácter de pintoresca tragicomedia. No obstante, retornaré al personaje central explicando que Coral quedó a cargo de mi amiga Andrea, quien se trasladó a vivir a mi casa para sustituirme.

Cuando regresé, supongo que Andrea tuvo una de las grandes alegrías de su vida, pues entre las variadas y habituales angustias que implicaba vivir con Coral, ésta había aportado una nueva. Andando en motocicleta y ocupando un tercer lugar en ésta: es decir, agarrada por la cintura a un «amigo» que a su vez iba agarrado por la cintura al conductor, había saltado por los aires en un bache y había quedado tirada en mitad de un cruce, sin que sus ocasionales amigos se enteraran de la pérdida más que varias cuadras después, razón por la cual fue un verdadero milagro que no hubiera sido atropellada mientras estuvo tirada en el suelo. Todavía tenía varias heridas y excoriaciones, pero el episodio demostró también que tenía, como se dice vulgarmente, «un Dios aparte».

### **Mi “breakdown”**

En mayo, Sergio y Lily, estaban de regreso. Todo había sido una tormenta en un vaso de agua, aunque una tormenta bastante cara. Como durante su ausencia habían perdido el departamento — el niño, nacido en Santos, tenía menos de un mes, y Sergio, al separarse del conjunto, había perdido su medio de vida —, tuvieron que venirse a vivir a mi casa. Esto introdujo un poco más de confusión y desorden sobre el habitual, al que se añadió, como broche de oro, una feroz hepatitis de Lily.

Sergio, absorbido por sus propios y vitales problemas, no trató de interferir, esta vez, en mis relaciones con Coral. El 14 de junio, respondiendo, indudablemente, a invocaciones mías respecto a lo pactado en enero, Pilarín me escribió:

*«He dado vueltas toda la noche sobre la mejor forma de sacarte a Coral el mes de julio, pedido que considero muy justo... En fin, que yo deseo saber cuánto costaría a Coral un pasaje Buenos Aires - Nueva York y sí os alcanzaría con los 300 dólares mensuales que mandamos [la pura ida]. El padre se cuidaría de pagar el regreso. Claro que antes tengo que consultar con él...»*

Mi hermana no se había ido a Venezuela. Seguía en Chile, planeando, esta vez, irse a España. También en junio había escrito a Coral:

*«Tú, por ahora, trata de estudiar lo más que puedas para que, cuando nos juntemos, seguramente en España, puedas también encontrar un buen trabajo.»*

Yo estaba cansada; sentía que había aceptado esa primera mitad de año más y ahora estaban abusando de ese ofrecimiento tratando de dejármela en forma permanente. Carta del 28 de junio:

*«Por tu carta deduzco que tendrías a Coral hasta principios de septiembre, lo cual quiere decir que o yo me tendré que ir a vivir a Buenos Aires (para que ella termine su tratamiento con el doctor T.) o eíla tendrá que venirse conmigo a España y quebrar su tratamiento. Tú sabes que yo iba y voy a pedir un permiso en la Universidad por seis meses y pensaba el 30 de agosto partir en barco a*

*Barcelona para empezar a trabajar en España y tener ya algo establecido para que tú pudieses enviarme a Coral allá en las Navidades... Pero ahora, naturalmente, todo ha cambiado y lo más probable es que a pesar de mis deseos de irme a España tenga que ir a Buenos Aires...»*

En resumen: no quería tenerla, ni siquiera en forma compartida, pues una de mis propuestas permanentes era que ella viniera a vivir a Buenos Aires y por lo menos compartiera conmigo la carga.

La llamé por teléfono y me dijo: «Justamente hoy pensaba ir a tomarme el pasaje en barco para España.» «Pues toma dos», le contesté, furiosa. Y colgué. El conflicto se solucionó de una manera ni siquiera salomónica. Insistí en que, por lo menos, enviaría a Coral a Chile durante el mes de julio para descansar aunque fuera algunos días. Y la pobre Coral, que había jurado que se mataría antes de volver allí, porque tenía plena conciencia de que yo estaba ya en el comienzo del desequilibrio aceptó ir.

Efectivamente, el contacto con su madre—que la recibía a la fuerza — y con el ambiente asociado a todos los recuerdos que quería borrar, le hizo daño. No se aguantaron ni siquiera el mes entero; sólo veinte días. Y Coral volvió mucho peor de lo que había partido. El psicoanalista me insistió en que yo debía haber aguantado, debería haberle hecho caso. Pero, claro, él ¡hablaba por el bien de Coral. En esos momentos ya estaba surgiendo también el problema de mi salud mental. Su comportamiento era insoportable. Si la amenazaba con cerrar con llave la puerta a las once de la noche, en caso de que ella no hubiera regresado a esa hora, simplemente no venía y pasaba la noche fuera de casa, con lo que varios amaneceres me encontraron despierta, paseando, presa de remordimientos y llorando hasta que Coral aparecía á las ocho de la mañana. Una vez que nos peleamos me dijo: «Pues yo tengo un amigo que se llama Diego y me quiere mucho y me ofrece ir a vivir con él.» «Enhorabuena — le dije —; déjame la dirección y el teléfono y ve. ¿Pero crees que los padres te aceptarán?» Cuando me respondió que los padres estaban en Europa vi asomar un rayo de esperanza. ¡Unos días de descanso! Pero vanas ilusiones. Los padres estaban en Europa, pero la hermana no. Y no había pasado una semana cuando Coral regresó pidiéndome que la aceptara. Lo que yo quería demostrarle con estas experiencias es que, si estaba dependiendo de mí, debía hacerme caso en un mínimo de lo poco que le pedía, y de lo cual lo fundamental era que no anduviera sola por la calle después de medianoche, siendo menor de edad y no llevando documentos (pues sólo le podía dar fotocopias, ya que o perdía inmediatamente la cartera entera o los documentos en particular). Otra vez se fue a la pensión donde vivían Néstor y Patricio. Tuve que retomarla a los dos días, porque los dueños de la pensión no solamente querían echarla a ella, sino a los dos muchachos también. Su hostilidad con Lily agravaba las cosas (\*). Yo llegué al punto en que una tarde perdí el control y Gorgonio y Sergio me hicieron entrar en el departamento y calmarme, porque al salir del ascensor había tenido un ataque de nervios y gritaba en plena crisis histérica: «¡Mátenlas, mátenlas a las dos...» (y me refería, evidentemente, a Pilarín y a Coral).

(\*) en esa época recurrí a todos mis conocidos en mala situación económica ofreciéndoles una cantidad considerable por tener a Coral un mes solo de noche, a dormir. Aún aquellos que estaban en la peor situación se negaron.

\* \* \*

Pilarín venía para embarcarse rumbo a España. Había tomado un solo pasaje. En esta situación, una tarde salí del trabajo y me presenté en el consultorio del doctor A. (el primer psiquiatra que había atendido a Coral) y le dije:

: «Perdóneme, pero varias veces en la vida he sentido depresiones o hasta, incluso, he tenido un intento de suicidio. Pero nunca, nunca, me había pasado lo que me pasa ahora, y es que tengo la plena seguridad de que estoy a punto de volverme loca.» Me dejó hablar largo rato, y cuando terminé me dijo: «Su problema tiene una solución muy fácil: no bien aterrice el avión de su hermana en Buenos Aires, dígame: "Toma, aquí tienes a tu hija." Y no se preocupe por encontrarle soluciones ni ayudarle a pensar lo que tiene que hacer. Y usted, por el resto de su vida, déjese de hacer quijotadas.»

Mi madre y Gorgonio, que estaban realmente preocupados por mi salud mental, aprobaron el consejo y decidieron ayudarme. Así, la tarde que llegó Pilarín, Gorgonio buscó a Coral para que fuera con él a casa de mi madre, para saludarla, y allí entre ambos explicaron a las dos que yo no podía —lo que era cierto—ni siquiera oír el nombre de ninguna de ellas. Que tenían que contemplar cualquier posibilidad sobre su futuro menos la de que Coral volviera a pisar mi casa.

Pilarín no podía irse a España a buscar trabajo cargando con Coral. Se fue a hablar con el director de la clínica X y con el doctor K., director de la clínica de día a la cual Coral había asistido durante el mes de febrero. Acordó verbalmente plenos poderes a los dos respectivos directores y combinó con ellos un plan: Coral quedaría internada durmiendo en la clínica X, de la cual saldría todas las mañanas acompañada por un médico para asistir, de 12 a 18, a la terapia de la clínica de día. Al concluir, sería acompañada también por un médico a su habitación en la clínica X.

Naturalmente, todo esto lo supe después, cuando, ya más calmada, me entrevisté con ella pocos días antes de irse. El panorama que me pintó fue el siguiente: no podía dejarla con mamá, nadie la aceptaba. Había que velar por su seguridad personal, y era yo misma quien me negaba a tenerla en casa. ¿Qué otra cosa podría haber hecho? Tuve que concederle la razón. Me explicó: «Tú vé a verla cuando quieras y sácala cuando quieras, en la medida que te sientas bien para soportarla sin empeorarte tú. Y también puedes dejar en la clínica una lista de los nombres de las personas a las cuales autorizas para sustituirte, sea para visitarla, sea para sacarla.»

Otra cosa que en ese momento me hizo aceptar la situación fue que Pilarín telefoneó a Leopoldo desde casa de mamá, insistiéndole en que mandara a buscar a la niña e informándolo sobre su internación. Éste había contestado que si recibía carta «del médico de Coral» diciéndole que el estar junto a él le haría bien, mandaría el pasaje. Coral y mamá estuvieron presentes en la conversación y hablaron también con Leopoldo, reforzando la petición de Pilarín. Ante esto, el doctor T, el psicoanalista de Coral desde enero, había escrito a Leopoldo enfatizando la total y clara conveniencia de que finalmente se decidiera a aceptar a su hija y dándole la dirección de psicoanalistas de habla española en Nueva

York para que allí pudiera la niña continuar su tratamiento. Por lo tanto. la situación — creía yo — se prolongaría por pocos días, hasta que llegara el ansiado pasaje que estábamos todos esperando.

Pero las cosas no fueron exactamente así. A los pocos días fui a ver a Coral. Eran las ocho de la noche y estaba sola en su cuarto de la clínica X, donde debía permanecer hasta las diez de la mañana, con la única compañía de una radio. No sentía rencor hacia mí ni me reprochó nada. Pero tenía una tristeza tan grande en su rostro, que me sentí avergonzada de que mi resistencia no hubiera podido ser mayor y de haberla entregado a esa vida de reclusa contra la cual justamente yo había luchado tanto.

Visité al doctor T. para asegurarme de que había enviado la carta a Leopoldo, y lo encontré muy amargado, pues Gloria lo había desautorizado totalmente al entregar a Coral en manos de los dos directores. Me dio la fecha que había enviado la carta, certificada, y me dijo que se apartaba definitivamente del asunto.

Fui entonces a visitar al doctor R., director de la clínica de día, ya que él era el líder de la alianza entre las dos instituciones. Mi intención fue saludarlo brevemente para que supiera que, aun cuando no viviera ya en mi casa, yo seguía existiendo como persona responsable de Coral, hasta tanto ella no saliera del país, para lo cual le llevé fotocopia de la autorización que Pilarín me había extendido ante notario en abril. Me recibió con mucha hostilidad y me dijo que había escrito a Leopoldo encareciéndole la necesidad de que Coral quedara internada en Buenos Aires por una larga temporada. Yo no entendía, aparte el evidente interés económico (dados los elevados honorarios del Instituto de él y de la clínica X, con la cual estaba en convenio para el traslado diario de la niña) cómo podía el doctor R. emitir juicio tan contundente respecto a una paciente que había empezado a conocer pocos días atrás. Pero me abstuve de manifestárselo, a pesar de lo cual la conversación fue muy fría, y él acabó alterándose y pegando puñetazos en la mesa porque delante de Coral, a la cual él mandó llamar «porque no hay que hacer ni decir nada a espaldas de ella», según sus propias palabras, mencioné esa carta.

Por la noche — víspera de fiesta — fui a buscarla a la clínica X. Tenía pasajes de autobús para irnos dos días a una playa, y pensaba que esos dos días allí juntas servirían para hacer que nos entendiéramos mejor. La solución de ir visitándola o sacándola mientras ella vivía muy transitoriamente allí, a la espera de la llegada del pasaje para reunirse con su padre en Nueva York, me parecía relativamente justa para ambas. En ese momento, la que estaba mal era yo, y se trataba de un pequeño sacrificio de ella imprescindible para mi recuperación nerviosa y mental.

La avisaron y preparó su cartera y su ropa para salir. Pero me dijeron que no podíamos hacerlo sin tener la autorización del doctor R. Telefoneamos a su casa, pero no estaba. Permanecí dos horas esperando, lo mismo que Coral, a quien no dejaron esperar conmigo, sino encerrada en su habitación. Entonces llamó él. Pidió que me pusiera al teléfono y me dijo: «Como usted se ha portado mal esta tarde, en castigo, (\*) no la dejo sacar a Coral.»

Pueden imaginarse cómo me fui yo a casa y cómo se quedó Coral.

(\*) Aunque parezca increíble, esa es exactamente la expresión que usó, lo que da idea de su estructura mental,

### **Entro en acción**

Al día siguiente fui a visitarla, simplemente a visitarla, como otros familiares a otros pacientes, y no me dejaron verla. Era muy claramente día de visita. No sé cómo, pues era fiesta, pero localicé a un abogado en su estudio y le planteé el problema. Era inconcebible que poseyendo yo la tutoría en el país, hecha ante escribano público, y siendo el único familiar existente, me hicieran esto.

Además me atormentaban entonces varios interrogantes: ¿cómo Pilarín me había asegurado que había dejado establecido que yo podría sacarla cuando quisiera, y que incluso podía yo autorizar a otras personas, y ahora no me dejaban verla? ¿Cuál era el significado de un certificado caído en mis manos por el cual se declaraba que Coral quedaba internada por ciento veinte días, firmado por el director de la clínica? ¿Por qué había dicho Gloria entonces que, caso de que Leopoldo no enviara el pasaje, ella recibiría a Coral para Navidad, cuando ya habría tenido tiempo de instalarse? ¿Cómo podrían creer que yo, que había dado casi dos años de mi vida para mantener a Coral libre, iba a soportar la tortura de saberla encerrada por tanto tiempo, cerca de mí?

En diciembre de 1974, en aquel momento en que nos abrieron la puerta de aquella otra clínica y salimos a la calle a pleno sol, yo le había dicho: «Amas tanto la libertad, que preferiría soltarte sola en medio del campo a verte encerrada.» Y nunca más había usado la amenaza de esa posibilidad. ¡Y porque había llegado al último límite de mis fuerzas, en vez de sustituirme en un momento en que ya era más fácil que cuando la había tomado yo, en abril de 1974, su madre solucionaba todo encerrándola!

Pregunté al abogado qué sucedería si me negaba a seguir pagando la clínica. Me dijo que existiría el peligro de que lo fueran considerando como deuda acumulada y que, a través de juicio, intentarían posteriormente cobrarlo todo. Me aconsejó ir acompañada de escribano que formalizara en acta mi declaración de que me negaba a pagar por no estar conforme con las condiciones. Me fui más tranquila.

A la mañana siguiente — sábado — volví a la clínica. Solicité, con toda naturalidad, verla. Me hicieron sentar me dejaron esperando. Media hora... Una hora... Cuando reclamé, me dijeron: «Es que el director ha dicho que no se la dejemos ver a menos que él expresamente lo autorice.» Naturalmente, el director no estaba. Me instalé nuevamente impertérrita en la silla de la sala de espera. Y en ese momento se abrió el cielo para mí: se me acercó un joven, correctísimamente vestido, y con la mayor cortesía, después de cerciorarse de que yo era la tía y tutora de Coral, me habló de una cuenta que había para cancelar. Mi respuesta fue: «Si no me consideran responsable de ella para verla y sacarla, no veo por qué han de considerarme responsable para pagar su estadía.» Y seguí fumando, instalada en mi silla.

Cuando vino el director, había varias personas esperándole. Pero el joven



correctísimamente vestido, es decir, el administrador, se le acercó inmediatamente y le musitó algo al oído, señalándome. A los pocos minutos me hacía pasar a su despacho.

— Ustedes quieren volverme loco: su hermana la interna y concede plena autorización sobre Coral al doctor R. y me dice que usted se hará cargo de los pagos, ¡y ahora usted quiere sacarla y se niega a pagar!

— Bueno, algo de eso hay. Afortunadamente, la autorización al doctor R. fue verbal, y mí tutoría es escrita ante escribano público. Si ustedes no la reconocen, y solo consideran la autoridad de mi hermana, pueden ir a cobrarle a ella en mitad del océano Atlántico. Además, ayer consulté a un abogado...

No me dejó terminar:

— ¡Está bien! ¡Basta! ¿Qué quiere? ¿Quiere a la chica? Llévase la, llévase la de una vez...

— No sabe cómo me gustaría. Pero como soy una persona honrada y no creo llevar en este momento en la cartera la suma que se pueda adeudar hasta el día de hoy, lo más conveniente será que usted escriba ahora en su libro de autorizaciones la necesaria para que Coral me sea entregada contra cancelación de lo adeudado hasta el día en que me presente a buscarla.

Hizo traer el libro y se puso a escribir, con toda la rabia que le podía dar el pensar cómo se evaporaban los honorarios de seis meses de internación. Saludé y me fui.

Pero no a mi casa, sino a la de mi amiga María Elena, que estaba a cargo de la administración del Sector. Le expliqué el caso y le pedí que me dejara hacer un vale retirando la suma necesaria con mi firma. Se portó muy bien: me acompañó hasta allá, (estábamos fuera de horario) retiramos el dinero, deposité el vale y me deseó buena suerte. Me dirigí entonces a un hotel de excelente categoría y pregunté si tenían habitación disponible. Reservé una y seguí para la clínica. ¿Por qué la idea de llevarla a un hotel? Primero, porque yo había jurado que nunca más volvería a casa, y, segundo, porque en casa estaba Lily, que, recién salida de su hepatitis y con los problemas ya descritos, no iba a poder soportar el regreso de Coral. El tercer motivo lo aclararé en breve.

Llegué a la clínica, fui a la administración, pedí la cuenta y pedí a Coral. Me senté a esperar. El corazón me latía... ¿Y si me habían engañado? ¿Y si me habían aceptado el dinero y no me entregaban a la niña? Pero después de un tiempo que me pareció interminable se oyó el ruido del ascensor y apareció una enfermera sosteniendo a Coral. Tenía la cabeza ladeada y caminaba como si estuviera borracha. Me miró: no lo podía creer: «¡Mooooootü», y corrió hacia mí, a abrazarme. Tenía su ropa envuelta en paquetitos. Había comenzado a llover. Tratando de sostenerla, salimos. Mojándome hasta que conseguí taxi, aguantándola a ella y llevando la ropa, conseguí llegar al hotel. La habitación no estaba aún disponible; la estaban arreglando. Coral no cesaba de quejarse de que tenía sed: le habían dado esa mañana una inyección de «Valium», por haberse quejado — según ella — del mal trato de una enfermera.

Aguantándola, caminamos por la calle hasta encontrar un bar, donde pudo beber, despertarse un poco, manifestarme su alegría, y pudimos conversar.

Regresamos al hotel. La pieza era hermosa, grande, con baño privado y vistas sobre el jardín. Vestíbulo propio y teléfono. Coral no lo podía creer; le parecía un sueño. Me quedé con ella un buen rato y a la tarde corrí a casa, donde, no encontrando a nadie, dejé un mensaje escrito para Sergio dándole las señas del hotel. Sergio vino después; él también estaba muy contento. Dormimos

ambas felices.

## **El regreso al hogar**

Al día siguiente era el «Día de la Madre». No tuve corazón, a pesar del juramento, para dejarla sola en el hotel mientras comíamos juntos en casa, y la dejé venir. Faltaba Lily, quien, según me explicó Sergio, había dicho que prefería estar caminando por la calle. Su reencuentro con el departamento, y muy especialmente con la perra y con la gata, fue emocionante. Tuvimos una bellísima velada.

Continuamos en el hotel una semana entera, a pesar de que ese mismo día Sergio y Lily se marcharon de casa. Mi propósito (el tercero anunciado anteriormente) era poder demostrar lo que al cabo de esa semana probé: que a pesar de ser un hotel-residencia, donde vivían señoras distinguidísimas de la alta sociedad y donde imperaba una atmósfera de club inglés; a pesar de que Coral concurría muchas veces sola al restaurante del hotel, lo que me significaba facturas de platos exquisitos (invariablemente, los más caros del menú, según su deliciosa costumbre); a pesar de que me fui durante esa semana dos noches a dormir sola a mi departamento, con el deliberado propósito de dejarla sola en forma experimental, no tuvo ninguna intemperancia ni se recibió en absoluto ninguna queja. Por el contrario, cuando finalmente pedí la cuenta para marcharnos, contaba con la mayor simpatía por parte del personal y de los huéspedes. Creo que esto probó suficientemente que no era necesario tenerla encerrada en una clínica administrándole inyecciones de «Valium» para calmarla. Como el doctor T., el psicoanalista de Coral, a quien ella adoraba, no quiso reanudar su tratamiento, molesto por el hecho de que Pilarín, durante sus días en Buenos Aires, le hubiera retirado su confianza, llevé a Coral al doctor B. (el psiquiatra que la había atendido durante la segunda mitad de 1974) para que no se pudiera decir que la dejaba, aun cuando fuera por pocos días, sin tratamiento médico.

El doctor B. se portó muy noblemente y accedió a responsabilizarse por ella desde el punto de vista médico. Por otro lado, impulsé a Coral a que siguiera acudiendo libremente a la clínica de día del doctor R., al cual envié un mensaje por su intermedio diciéndole que si bien había sacado a la niña de la clínica X por no haberse respetado lo convenido con mi hermana, dado que Coral no se oponía, me parecía bien que siguiera concurriendo a la suya.

Es posible imaginarse la furia del doctor R. al ver a Coral que llegaba por su propia voluntad cada día, sola, en autobús, en vez de ser conducida como prisionera en taxi por un médico acompañante. Le estábamos demostrando ambas, elegantemente, cuan equivocado estaba, y esto difícilmente se perdona.

Finalmente, decidí telefonar a Leopoldo para preguntarle cuándo enviaba el pasaje, ya que habían transcurrido quince días desde que el doctor T. le había enviado la carta certificada apoyando, en su carácter de psicoterapeuta que había tratado a Coral cuatro horas semanales durante todo el año hasta octubre, la conveniencia del viaje de ésta a Estados Unidos.

Me atendió su segunda mujer y me dijo que jamás había pensado en mandar a buscar a Coral; que la idea era que ésta quedase internada indefinidamente en Buenos Aires. Nos llevamos el disgusto imaginable. Llegué a pensar que era un invento de ella, que no quería que una hija del matrimonio anterior de su marido turbara la paz de su hogar, que iba a ocasionar problemas y

gastos... Y le pedí a mamá que telefonara a Leopoldo directamente a la Universidad, para averiguar la verdad. Ese día estuve al lado de ella durante la llamada. Leopoldo dijo «que no enviaría el pasaje porque había recibido carta del médico de Coral recomendándole la conveniencia de que permaneciera internada en Buenos Aires». Pedí a mamá que le preguntara el nombre del firmante de la carta: el doctor R. Le pedí que le preguntara si había recibido la carta del doctor T. Dijo que sí.

Estaba bien claro el juego: Leopoldo recibió las dos cartas: la del doctor T., que había visitado diez meses a Coral a razón de cuatro horas semanales, aconsejándole aceptar a su hija, y la del doctor R., cuya clínica Coral había frecuentado desde hacía menos de un mes, aconsejando seguir manteniendo a Coral internada en Buenos Aires. Y entre las dos eligió hacer caso a la que más le convenía.

Coral se puso tan furiosa al saber eso, que pasó a odiar al doctor R. y no quiso acudir más a su establecimiento. Entonces los acontecimientos se precipitaron en una serie de cartas cruzadas.

El 2 de noviembre, Leopoldo escribió:

*Mi Coral queridísima:*

*Tu última carta larga — llegada con harto retraso — me ha emocionado mucho. Ello confirma lo que tú misma me decías en las anteriores y se afirma por otras personas — que el tratamiento del doctor T. fue excelente y que el del doctor R. es aún mejor.*

*Te escribo como a una persona mayor, muy inteligente, y estoy seguro de que estarás muy de acuerdo conmigo, tanto en lo que conviene hacer ahora como en la solución definitiva.*

*En todas mis cartas anteriores te he explicado muy claramente que tenemos que encontrar el mejor sitio posible para que te mejores completamente; que, por ahora, el mejor sitio es Buenos Aires, con la atención e inteligencia del doctor R., y que el único sitio imposible es Nueva York. Te explico de nuevo todas las razones.*

*r.º Ningún médico y ninguna clínica aceptan personas extranjeras que no hablen perfectamente el inglés.*

*z.º He averiguado el asunto de pasaporte y visado. A todo lo más que se puede aspirar es a un visado por un mes. Después de un mes, la policía sencillamente te pone en un avión, fuera del país. El único visado que autoriza más tiempo es para estudiantes, solamente de universidades.*

*3.º Suponiendo que todas estas dificultades insalvables pudieran salvarse, las clínicas del Estado no admiten extranjeros, aparte que son carísimas, y las particulares cuestan de 2.500 a 3.000 dólares al mes, mucho más de lo que yo gano como profesor.*

*Al recibir la carta del doctor T. le envié inmediatamente la plata que él me pidió en nombre tuyo para pagar la clínica y las consultas. Hubo que hacer un esfuerzo y se hizo.*

*No podría decirte con palabras las ganas inmensas que tengo de estar contigo, de conversar con calma y de buscar la mejor solución posible, que en ningún caso puede ser la de venir a N. Y., como ya te he explicado. Lo único que podemos hacer ahora es esperar, alojándote en la clínica y siguiendo el tratamiento con el doctor R. hasta que, á mediados de diciembre, te pueda dar noticias concretas de*

*otros planes que podrían ser fantásticos.*

*Te pido que hagas este esfuerzo, aunque te cueste. Lo que más deseo en este mundo es tu felicidad.*

*Te quiero muchísimo, muchísimo. L.*

El día 5 escribió Beatriz:

*Madrid, 5 de noviembre 75.*

*Querida Montserrat:*

*Por fin, ahora te acepto que no me hayas escrito y que sea una privilegiada ante los demás. Bueno, tu carta es larga, dice hartas cosas.*

*Siento que la mamá haya metido la pata; no le diré tus comentarios porque eso ya se lo han dicho y se lo sigue diciendo la gente, y hay que comprender en este mundo a mucha gente, y creo que la mamá no está en condiciones de solucionar correctamente esos problemas. Tú sabes que quien más mal le hace a Coral es la mamá, y quien más mal le hace a mamá es Coral, aunque se quieran mucho. No hay que tomar conclusiones de juicio a una persona por no ser capaz en un momento de solucionar un problema; éstas son debilidades que no se manifiestan en todos los aspectos de la vida, y la mamá ha enfrentado mal, pero enfrentado, el problema;*

*es lógico que a pesar de la situación quiera seguir viviendo. El abuelo decía: «Quien no es feliz no puede dar felicidad»; por lo tanto, la mamá sólo ayudará a Coral estando en mejores condiciones para hacerlo. Con esto no quiero justificar a la mamá, lo que quiero justificar es que ella no debe estar con Coral.*

*Sigo admirando tu comportamiento a pesar de la difícil situación; yo ya he manifestado a la mamá y a la familia que me opongo y me opondré siempre a que la internen, y más, haré todo lo necesario por evitarlo.*

*Ahora quiero que este punto lo consideres bien:*

*Tú sabes muy bien que el interés de papá por Coral es bastante reducido, más aún, él ha planteado varias veces las soluciones más bestiales con tal de que ella no lo perturbe; esto lo ha demostrado a través de siete años.*

*Si él se la lleva a EE. UU. buscará la solución más fácil para él aunque le cueste plata, que será obviamente el internarla en algún sitio. Por otro lado, la influencia que puede crear el papá en ella será negativa, en la medida que Coral pasaría a ser una persona que le perturba su tranquila y satisfactoria vida. Yo sé que esa alternativa no dará resultado, porque sí la interna yo la voy a sacar, y sí la tiene en su casa (que es la única solución que quedaría) y no le hace caso, o la tiene no queriendo tenerla, yo me tomo el avión y la saco de ahí.*

*Creo que Coral necesita estar con una persona que la quiera harto y se pueda dedicar a ella; en estos momentos esa única persona soy yo; la Mari me escribió y dice que no está preparada para enfrentar el problema; yo le propuse que se fuera con Coral y yo a Cuba. Porque allí, aceptando el ofrecimiento de la familia del doctor N., Coral tendría vida familiar, combinada con el estudio y la asistencia médica, y todo sin ningún gasto.*

*La mamá se quedaría en España a vivir tranquila, y en esa medida todos estaremos mejor. Esta alternativa la vengo pensando hace tiempo; no creas que es una escapada idealista, ¡no!, es una cosa muy bien pensada en base a un análisis serio, tomando en cuenta todos los factores que influyen, y además me*

*creo en perfectas condiciones de ejecutarlo. La mamá está totalmente de acuerdo con esto.*

*Si el papá no se la lleva, y si se la lleva y no da resultado, si está en Buenos Aires la pueden mandar directamente a Cuba una vez que yo esté allí; si el papá se la lleva, la puede mandar a Madrid y de aquí partir juntas.*

*Quiero que me contestes al tiro, y por favor toma en cuenta la importancia que tiene para mí. Escríbeme a casa de Emy y mándala certificada.*

*Perdona que esta carta sea tan concreta, pero siento que en ella va todo mi cariño por ti, un gran deseo de que tus problemas se solucionen y que ojalá nadie salga afectado, y de que consigas una tranquilidad y felicidad que te mereces.*

*Dile a Coral que la quiero con toda mi alma, que antes no había tratado de demostrárselo porque estaba muy preocupada con mis cosas y que ahora tengo todo el tiempo que quiera para ella; trata de darle un resumen de mi posición, con mi permiso para sacar los comentarios que tú consideres necesarios.*

*Me despido de ti, con mucho amor y un beso muy fuerte.*

*ÁNIMO, QUE LA VIDA A PESAR DE SER DURA ES BELLA!!!!!!*

*Beatriz*

El mismo día 5 escribía Pilarín, en una carta que en su noventa por ciento sólo hablaba de naderías: «*Estoy indagando posibles sitios en Londres, por si fallara Leopoldo y no nos decidiéramos por Cuba... Yo he visto posibilidades aquí para mí. Para Coral no hay por el momento...*»

Pero el día 2 de noviembre, es decir, tres días antes, Leopoldo había llegado al colmo enviando la siguiente carta al doctor R., cuya existencia él me anticipó muy satisfecho por teléfono, causándome la sorpresa y el dolor imaginables:

*N. Y., 2 de noviembre 1975*

*Dr. R.:*

*Le agradezco muy profundamente su carta del 29 de octubre, que contesto a vuelta de correo. Permítame expresarle, además, la importancia que para mí tiene la apertura de un entendimiento directo, única vía de posible solución a los difícilísimos problemas de relación familiar que han entorpecido hasta ahora, de manera grave, el posible mejoramiento de Coral.*

*No tengo conocimiento alguno acerca de la existencia de un «poder legalizado» que la señora Montserrat, al parecer, ha esgrimido para sacar, sin mi conocimiento, y menos mi consentimiento, a la enferma de la clínica. De acuerdo con la ley y con los protocolos pertinentes, corresponde a la señora Pilar Mira, madre de Coral, su tuición, y a mí las obligaciones económicas contraídas de común acuerdo. A pesar de que la internación de Coral fue decisión de la madre tomada sin consultarme, estoy plenamente de acuerdo con la medida y concuerdo absolutamente con usted acerca de los peligros, graves e imprevisibles, que la supuesta «libertad» de Coral entrañan.*

Ruego a usted haga saber a la señora Montserrat mi decisión, en apoyo irrestricto a lo que usted indica, de que Coral regrese inmediatamente a la clínica en las condiciones exactas en que la madre la dejó antes de viajar a España. Esta internación deberá durar, por lo menos, hasta mediados de diciembre próximo, fecha en que viajaré a Buenos Aires, y tendré, espero y deseo, la grata oportunidad de entrevistarme con usted y la enorme felicidad de estar con Coral, si usted lo autoriza y lo considera beneficioso para ella.

En relación con los pagos de clínica, honorarios, etc., me permito transcribirle los términos pertinentes de la carta del doctor T. de 27 de septiembre: «(Coral) estuvo hasta el comienzo de este mes conviviendo con la señora Montserrat Mira, quien actualmente renunció a continuar como tutora de Coral en Buenos Aires. Debido a esta circunstancia, y no quedando otra solución, fue necesario alojar a su hija en una clínica... Los gastos de la Clínica, en la que se encuentra alojada Coral, sumados a los del tratamiento psicoanalítico y los de algunos cursos que frecuenta — Inglés y Modelo Publicitario— exceden a los 150 dólares que usted le envía mensualmente. Por este motivo, y a pedido expreso de Coral, le solicito que en el curso de los meses de octubre y noviembre envíe usted 300 dólares mensuales, que servirán para cubrir, además de los gastos mencionados, una parte del pasaje en barco hacia España.»

Al recibo de esta carta ordené inmediatamente por teléfono los pagos indicados, que, de acuerdo con la práctica establecida, fueron sin duda entregados por mi apoderado a la Sra. Montserrat. De acuerdo con lo indicado al principio de ésta, le ruego que me indique el monto de sus honorarios y el correspondiente a la Clínica, pagos que, de ahora en adelante, serán abonados directamente a quien corresponda.

Reiterándole mi gratitud por su carta, le saluda con toda atención

L. G.

Buenos Aires, 14 de noviembre de 1975.

Dr. R.:

Acuso recibo de la fotocopia de la carta de Leopoldo, que me ha hecho llegar en manos y que le agradezco, y le envío, por mi parte, fotocopia de la que acabo de dirigirle yo a él como respuesta.

Creo que el estar ambos interiorizados del contenido de las respectivas cartas podrá facilitar o hacer más breve nuestro encuentro personal, que usted me había solicitado y al cual me ofrezco a concurrir en el día de su elección, siempre que sea en horario no coincidente con mi trabajo (que es de 10 a 13.30 y de 15.30 a 18.30, de lunes a viernes).

Atentamente,

Montserrat Mira

Buenos Aires, 14 de noviembre de 1975.

Leopoldo:

*El Dr. R. me acaba de hacer llegar una fotocopia de la carta que le dirigiste el 2 de noviembre, que me permite adquirir la suficiente indignación como para escribirte.*

*Primero, los detalles; después, lo importante:*

a) *referido al párrafo de tu carta: «no tengo conocimiento alguno acerca de la existencia de un "poder legalizado" que la Sra. Montserrat ha esgrimido para sacar sin mi conocimiento, y menos mí consentimiento, a la enferma de la clínica».*

*Respuesta: adjunto fotocopia.*

b) *referido al párrafo: «al recibo de esta carta ordené inmediatamente los pagos indicados, que, de acuerdo con la práctica establecida, fueron sin duda entregados por mi apoderado a la Sra. Montserrat».*

*Respuesta: adjunto fotocopia comprobante de que he recibido un cheque de US 150 para noviembre y otro para ser cobrado el 1° de diciembre.*

*Pregunta: desde fines de 1974, en que dejaste de responder a mis cartas, ¿cuáles han sido tus manifestaciones de interés hacia Coral que justifiquen esa aparición, ante el Dr. R-, en el papel de padre amante y desvelado por su hija?*

*Y extensión de la pregunta: ¿en realidad, y hablando claro, cuáles han sido esas manifestaciones desde que Coral nació?*

*En mi concepto..., pero te contesto por boca de tu propia otra hija, copia textual de carta de 5 del corriente:*

*«Tú sabes muy bien que el interés de papá por Coral es bastante reducido, más aún, él ha planteado varias veces las soluciones más bestiales con tal de que ella no lo perturbe; esto lo ha demostrado a través de siete años. Si él se la lleva a Estados Unidos, buscará la solución más fácil para él, aunque le cueste plata, que será obviamente internarla en algún sitio. Por otro lado, la influencia que puede crear el papá en ella será negativa, en la medida que Coral pasaría a ser una persona que le perturba su tranquila y satisfactoria vida. Yo sé que esa alternativa no dará resultado, porque si la interna yo la voy a sacar, y si la tiene en su casa (que es la única solución que le quedaría) y no le hace caso, o la tiene no queriendo tenerla, yo me tomo el avión y la saco de ahí.»*

*Y yo voy a ser aún más clara: si a Coral la atropellara un auto y se muriera, en el fondo tú darías un buen suspiro de satisfacción. Ése es el hermoso concepto que tengo de ti, no apriorístico, sino basado en miles de datos concretos y reales.*

*(\*)Los 150 dólares mensuales, que jamás alcanzaron, y yo te lo dije una sola vez y nunca más te lo volví a decir, te los puedes tragar para siempre, y si no lo haces es porque con eso compras tu imagen de padre ante el mundo.*

*La que recibió un despojo humano en su casa un 3 de abril de 1974 y ha sacado de él una persona, sin hacer ningún alarde, y con el único pero suficientemente valioso reconocimiento de la propia interesada y de su hermana Beatriz, he sido yo.*

*Frase reciente de Coral — tengo testigos —: «No es mi "madre postiza", es más que una mamá para mí.»*

*Frase de Coral referente a tí, escrita a su hermana Beatriz: «Prefiero no vivir con alguien que yo sé que no me quiere.»*

*Pero eso que te digo, que correría el riesgo de ser calificado como instinto maternal hacia Coral exacerbado, que me hace actuar posesivamente y movida por mis apreciaciones subjetivas, no es nada así.*

*Desde antes de llegar a Buenos Aires, Coral ya estaba bajo atención médica, la del Dr. A., a la que se sumó, a mediados del 74, la del Dr. B., en calidad de colaboración. Desde enero de 1975 fueron sustituidos, con el muy coherente motivo de intentar la eficacia de un nuevo método – el psicoanálisis –, en substitución de la psiquiatría, por el Dr. T., que es quien ha llegado a conocer más profundamente a Coral a través de cuatro horas semanales durante casi diez meses.*

*Durante diecinueve meses no ha habido por parte de ninguno de estos tres especialistas de notorio prestigio ninguna indicación de que Coral debiera ser internada (\*\*) sino que he recibido sucesivamente por parte de los tres recomendaciones en el sentido de que mi devoción al proporcionarle yo sola (¡ojalá hubiese contado con alguien más!) una sensación de hogar y conducirla a fuerza de fracasos ya previsibles, a través de un proceso de socialización gradual, era lo mejor que se podía hacer por la niña.*

*No hay ninguna contradicción en mi actitud de haber hecho esto y el espantoso pecado, que todos me reprochan, de haberme declarado cansada y haber reclamado el apoyo de su madre biológica, como hice en septiembre, solicitándole que ya que quería salir de su país se instalase en Buenos Aires, para ir descargando gradualmente la tarea de mis hombros.*

*Y no es culpa mía si Pilarín, en vez de hacer eso, pasa por Buenos Aires, destituye al doctor T., que es el médico que más progresos notables (no sólo según mi opinión, sino también la de los cientos de personas en Buenos Aires que siguen ya el caso) logró con Coral, a pesar de la conocida lentitud del método, la interna en una clínica diciendo que podré sacarla y verla, nombra por su cuenta a otro médico y se toma un barco para España sin ninguna necesidad.*

*Y es culpa absolutamente tuya si entre dos cartas que recibes casi simultáneamente — la del doctor T. reafirmandote el bien que le haría a Coral la certitud de tu cariño y la del doctor R. diciéndote que Coral debe permanecer internada en Buenos Aires en la clínica con la cual él está en combinación — eliges la del médico que ha estado personalmente con Coral, cuanto más, ocho o diez horas en total en el escaso mes que la ha conocido.*

*Es tu culpa, pero no se puede negar que es coherente con tu realidad. La carta te vino como anillo al dedo para autojustificarte ante la opinión de los demás (no creo que ante la tuya propia, puesto que eres inteligente).*

*Yo ya tenía bastante en mi lucha con Coral, pero ahora se me ha sumado, de regalo, la lucha con su madre, contigo y con el doctor R.*

*No puedo más, pero hay alguien que me sustituirá, que es tu hija Beatriz, pues tiene suficiente nobleza, fuerza y coraje para hacerlo, además de juventud, cosa que a mí me falta.*

*Beatriz me ha rogado que le envíe a Coral para vivir con ella: «Creo que Coral necesita estar con una persona que la quiera harto y se pueda dedicar a ella, y en estos momentos esa única persona soy yo», y estoy en estos momentos tomando medidas para enviarla a Madrid, junto con un excelente joven chileno amigo de ella, de Beatriz y de Pilarín.*

*Si no logro hacerlo por problemas de documentación (no por problemas de dinero, pues mis compañeras de trabajo lo han reunido para prestármelo) usando el poder legal y vigente cuya fotocopia te adjunto, y apoyada profesionalmente por*



*el doctor B., que ha accedido a tomarla a su cargo en forma provisoria hasta que esto se solucione, y si es verdad (perdona ese «si es verdad», pero ¡tengo tantas cartas tuyas diciendo que me admiras tanto y que no hay nada que pueda pagarme lo que yo he estado haciendo!) que vas a venir para el cumpleaños de Coral, trataré de convencerla — nunca le negué permiso — de que siga concurriendo a este u otro hospital de día o buscaré una clínica donde viva en condiciones de ser visitada y sacada por mí y/o otras personas que yo sepa merecedoras.*

*Montserrat*

(\*) Reconozco que me pasé de medida y no debería de haber escrito esto, pero hay que comprender el estado de furia e indignación en que me encontraba cuando escribí la carta.

(\*\*) También reconozco que en ese momento no tenía en mente el intento de diciembre de 1974, quizá, subcientemente, porque la idea del doctor B. habla sido proporcionar apenas unos días de reposo a Coral para mayor eficacia de su psicoterapia. — N. de la A.

*17 de noviembre de 1975.*

*Sra. Montserrat Mira:*

*En realidad, ahora no veo el objeto de nuestro encuentro personal como usted ofrece por cuanto me parece evidente que usted tiene un propósito, un plan, del cual nadie le hará desistir y por lo tanto tendré que decirle que Dios la ayude. Como usted se imaginará, he hecho leer la carta del padre de Coral, así como también la suya en respuesta a dicho padre y la fotocopia de la carta de Beatriz, hermana de Coral, al grupo del hospital de día, compañeros de Coral, quienes conocen toda la dramática que viene desarrollándose alrededor de esa pobre niña. Ellos conocen todo eso y también de que tanto el doctor T. como el doctor B. han sido alumnos míos y es cierto que son en este momento personalidades, pero no creo que opinen una cosa diferente de lo que yo he dicho. Naturalmente que el doctor B. puede estar informado parcialmente como es su manera de informar, a veces tendenciosamente como en aquella oportunidad en que consiguió usted que yo me disgustara por lo que le decía en presencia mía a la pobre Coral, luego de que habíamos estado media hora hablando de la necesidad de no sembrar la confusión en la mente de la enferma.*

*Los compañeros de Coral estaban dispuestos a ir a buscarla y convencerla de que hacía un error de no hacer un tratamiento bien hecho y dejarse llenar la cabeza con insidias contra el padre. Un padre es una figura muy solemne, y de todas maneras hay que tratar de preservarlo. Usted misma y Pilarín lo hicieron así con respecto al padre de ustedes a pesar de que éste se casara con una compañera suya (\*).*

*También los compañeros de Coral se asombraron de enterarse de las ideas que usted y Beatriz tienen y se asombraron de que usted trabajara donde trabaja a pesar de tales ideas. Me costó cierto trabajo contener a los jóvenes que no fueran tanto a la Embajada a denunciar el suceso, como a convencer a Coral de que hiciera su tratamiento bien hecho.*

*Aunque usted dice que le ha mandado la copia de la carta de Beatriz al señor L. C. de todas maneras yo también le remito otra fotocopia de la misma, por las dudas su información fuera incompleta; porque creo que este señor debe definirse claramente acerca de lo que desea hacer con su hija y que no es justamente con insultos ni con depredaciones que hemos de conseguir que él muestre claramente su definición.*

*Usted dice que el señor C. sería feliz sí un auto atropellara a Coral; en ese caso usted colabora ampliamente permitiendo que la niña deambule confusa por las calles, o a veces seguramente dopada por medicamentos que no creo que sean útiles. En dos oportunidades que fue gente de nuestro personal a buscarla la encontraron en las más lamentables de las condiciones, totalmente sucia, sin alimentos, (\*) con los zapatos llenos de clavos que no se los podía poner ni siquiera tenía con qué arreglarlos, durmiendo hasta el mediodía aparentemente dopada, y tuvieron que hacer todo lo posible para que se reanimara y pudiera concurrir a su tratamiento. Es en esos días que deambulaba en los cuartos de un hotel luego de que usted la sacara imperiosa y prematuramente de la clínica donde era muy bien cuidada, y habiendo llegado según parecía al acuerdo de que Coral saldría por su voluntad tres o cuatro días después, tal como habíamos convenido entre ella, Pilarín y yo, los compañeros la encontraron tan sucia que se ocuparon de lavarla, e incluso de sacarle piojos de la cabeza. No sé si el doctor B. conoce esto, pero me imagino que usted, con su deseo de ayudar a Coral, se lo debe haber contado para que él tenga toda la información y no solamente lo que usted quiera poner en la cabeza de él.*

*Recuerdo, señora Montserrat, que usted había desaparecido de la vida de Coral luego de haberla expulsado violentamente a la calle, de lo cual es testigo y lo ha expresado delante de muchas personas el doctor T., quien la tuvo que internar de acuerdo con Pilarín. Esta señora, madre de Coral, hizo los trámites para que la niña recibiera trata miento y tan pronto se sintiera recuperada la pusiéramos en un barco para que fuera a España a estar con ella; luego de lo cual, usted, violentamente y utilizando un argumento que no considero digno de una persona de sus cabales, el del poder legalizado, que yo tampoco conocía, como no conocía el señor L.C., ya que usted en su carta recién se lo informa, obligó al director de la clínica a entregarle a la niña y dejarla salir de la clínica, mientras aseguraba a quien quería oírlo, tanto al director como al doctor T, quienes naturalmente lo atestiguarían, que iba a poner un abogado contra mí porque mi procedimiento era violatorio de la libertad de Coral (\*). Después de eso fue que encontramos a la niña nuevamente deambulando sola, viviendo sola en una magra pieza de un hotel, sucia y hambrienta (\*). Esto también hay que contárselo al señor L. C., al doctor B. ya todo el mundo para que juzguen si usted está procediendo realmente a favor de Coral o motivada por sus resentimientos, sus odios o no sé dé otra clase de posible motivación.*

*Vuelvo a desearle que Dios la ayude, y a reflexionar si no está usted usando a Coral para sus propios intereses. Por ejemplo, el haberla sacado violentamente de la internación, cuya salida ya habíamos convenido con Coral y Pilarín, debe estar relacionado con el hecho de que el doctor T. internó a la niña porque usted la expulsó de su casa, y ahora, con sus pregones de proteger la libertad de Coral, usted está tratando de reconquistar al doctor T., incluso poniendo a la niña en manos de la doctora A., para que el doctor T., que tiene tan pobre concepto de usted, se apacigüe. Creo que hay muchas razones para que ese poder legalizado se revoque, y así le estamos pidiendo que lo haga telegráficamente a su madre.*

*Vuelvo a desearle que Dios la ayude; quedo como médico psiquiatra a su entera disposición.*

*Dr. R.*

(\*) simples ejemplos de las mentiras y desvaríos contenidos en esta carta

\* \* \*

Había que actuar, y pronto, pues R. mandó a una doctora de su clínica a buscar a Coral a mi casa, y ésta se negó a ir. Las dos nos sentíamos unidas contra una especie de cerco que se iba apretando alrededor de nosotras. Y entonces concebí una idea: Leopoldo jamás se iba a llevar a Coral a Nueva York mientras estuviera a mi cargo. En cambio, si Coral caía en casa de su apoderado en Chile, éste se lo comunicaría y Leopoldo no tendría más remedio que mandar a buscar a la niña. Ella aceptó el plan. Tomamos el pasaje, pero el día antes de partir me sentí obligada a mandar un telegrama al pobre señor, víctima inocente del asunto. Es decir, la idea consistía en que fuera informado con el tiempo suficiente para poder ir a buscar a Coral al aeropuerto, pero sin el necesario para poder rehusar. Lamentablemente, no me había acordado de que existían los teléfonos. Al recibir el telegrama, el buen señor telefoneó a casa de mi madre pidiendo que no la enviáramos porque ese día operaban a su esposa. Ante una razón así, tuvimos que cancelar el pasaje horas antes de la partida, todo lo cual es relatado por Coral el día 7 en la siguiente carta a su hermana:

*7 de noviembre de 1975.*

*Querida Bea:*

*No se que decir...*

*Yo y Moti estamos muy contentas en parte de que yo fuera a EE. UU. Pero yo ya lo veía un poco inseguro.*

*El otro día, hace seis días mas o menos Moti llamó al Leopoldo y por desgracia se puso la Carmen; y la carmen le dijo que no pensaban mandar ningun pasaje. Después el Leopoldo recibió carta de T. que le decia que yo estaba bien y que necesitaba de el y que en EE. UU. con un buen psicoanalista y con libertad iría a estar bien, que es lo que yo pienso y moti también; y por otra parte R., que es el Director del Hospital de Dia le escribió diciendole mas o menos todo lo contrario; y hoy Moti estaba en el trabajo y recibió un llamado del Hospital de Dia que decia que rní papá abía hablado con R. y que el Leopoldo le daba mi tutoría; a Moti casi le da un ataque y se Peleo para siempre con R., y si el papá sigue pensando y no queriendo que yo vaya allá; que lo piensa porque cree que estoi enferma o como hace 3 años atrás; felis me iría allá; los países que mas me gustan son... bueno, la verdad es que no los conosí, asi que no se.*

*Díle a la gorda que no sea romántica ní apasionada, que todo se va a solucionar; y yo se que ella me quiere; pero también se que la manera de no sufrir ella es pensando que yo internada estoy bien, si logras sacarle esa idea te merecerías el cielo.*

*Pobre mamá, yo la comprendo. pero r en lo posible hay que tratar de solucionar los. problemas en vez de agrandarlos. Yo ahora no estoi tan loca como antes gracias a Moti; ya no salgo denoche y. la poca gente que conosco.la veo de día; a.mi la noticia del Leopoldo me cayo igual que a Moti o peor; Pero se que si él me*

*ve bien y se compadece de... y ni lo quiero ni ver; bueno, lo de la tutoría no te preocupes porque se solucionará.*

*Moti fue a su médico y él le dijo que tenía agotamiento físico y serebral y que tenía que descansar, entonces a ella y a mi se nos ocurrió la idea de ir a Chile por un mes, estar 10 días donde Ángel, 10 días donde Monsi y otros 10 donde Elvira. Yo no se; a mi sínseramente tu ya sabes que me encanta viajar, la cosa es donde ir. Néstor me dio la dirección de O. y una carta diciendole mas o menos la situación, yo ahora estoy bien, a Pesar de que Moti esta un poco in segura y preocupada. Viajar es algo serio y cuesta plata. El viaje a Chile lo haré por Moti y en parte por mi, para ber como me porto sola.*

*Yo siempre te echo de menos y sabes que te quiero... pero el viaje a Chile lo decidió Moti, yo quiero ir a España, no tengo ningún Problema; pienso que bolveré a Argentina a principios de Diciembre para mi cumple años acá.*

*Yo podría ir allá; pero prefiero estar con alguien que me quiera antes de estar con una persona que en el fondo no quiere estar conmigo.*

*Mándale mil millones de vesos a la Pili y dile que no se preocupe, yo la escribiré.*

*Ojalá que estés vien y planeando planes; si me contestas contéstame donde Elvira y donde Ángel y recibiré la carta allá.*

*Te quiero mucho, y un poco más.*

CORAL

*: No me boy a Chile, porque Moti puso un telegrama a Ángel y Ángel llamo a la mamy diciéndole que por nada del mundo fuera por que operaban a su señora.*

*No me boy a Chile, recién me entero ahora. Chau.*

Escribí a Pilarín rogándole que pusiera a R. en su lugar, pero no lo hizo. Ya sólo quedaba un camino. Enviar a Coral junto a Beatriz. El problema era reunir 611 dólares y conseguir que la documentación de ella le permitiera viajar. ¡Casi nada!, pues su radicación temporaria estaba vencida. La renovación implicaba nuevos viajes y trámites ante Migraciones, para los cuales no había ya tiempo, aparte que yo tenía mis dudas de que mi famoso documento ante notario fuera suficiente como para permitirme enviarla al extranjero, ya que mencionaba explícitamente muchas atribuciones, pero siempre dentro del país.

Entonces decidí jugarme el todo por el todo: en julio ella había viajado a Chile y tenía un visado de turista sobre su pasaporte, que era válido por seis meses. Decidí gestionar su salida en su condición de turista, como si hubiese entrado en la Argentina, se hubiera quedado cuatro meses paseando y prosiguiera su viaje a España, Pero ese visado de turista hubiera requerido su renovación a los tres meses de estar en el país. Había que intentar conseguirla de cualquier manera. Cinco viajes a Migraciones, colas y fracasos, pero al fin se consiguió. Inmediatamente pasé al segundo problema: el dinero. Yo tenía 200 dólares. El resto fue obtenido por colecta entre mis compañeras de trabajo, que vivían la operación salvamento casi tan intensamente como nosotras. Mi jefe me facilitó una entrevista personal con el jefe de relaciones públicas de la compañía aérea para asegurarme de que todo estaba correcto, de que no habría ningún impedimento de última hora.

Cuando volví con el pasaje en la mano, mi jefe me dijo:

— Estupendo. Avísame cuando esté en Madrid, y recién entonces destaparé una botella de champagne.

Coral no quería irse, pero comprendía, por otro lado, que era la única escapatoria dentro del cerco. Fuimos juntas a comprar un juego de maletas y bolsón rojo, bien bonito, para que llegara elegante. Estaba apenada de no poder celebrar aquí su cumpleaños. En esos últimos días, concibió el gran amor por un muchacho absolutamente loco, pero de muy buen corazón, llamado Freddy, y más tarde, desde España, le dirigió numerosas cartas.

El día de la partida, sólo Patricio se ofreció a acompañarnos al aeropuerto. Ella iba nerviosa, y los momentos que pasamos esperando la llamada para embarque en la confitería fueron duros. Por un lado se iba a concretar lot an fervientemente anhelado. Por otro, aparecían en. aquel momento los veinte meses pasados juntas, en una interrelación que jamás en la vida podrá llegar a palidecer, ni menos a olvidarse.

Nos abrazamos y entró en la sala de revisión de documentos. La espíamos por el costado de la puerta. A los dos minutos estaba hablando animadamente con un joven. Subimos a la terraza y contemplamos como el avión se perdía en el cielo (para estar bien seguros). Bajamos a tomar un whisky.

\* \* \*

**Madrid 10 de diciembre 75**

QUERIDA MOTY

ME ENCANTO TU CARTA, ES BIEN REALISTA Y BUENA Y ALLUDOSA... YO ESTOY BIEN; la Beatriz me ha presentado amigos y amigas que son famosos pero no los conozco muy bien. Me alegra que Fredi alia ido allá. Dile a Néstor que mande una postal diciendo cuando Biene; y adonde. La Beatriz esta desidida a irse a Cuba y yo también.

Bueno algo he progresado y lo algo que he progresado es natural dado tu ayuda y la mía, y la que Beatriz me dará. Te contestaré las lecciones que me diste por escrito para que lyo te contestara.

- 1) ablando en voz alta. Me doy cuenta que yo no lo ago mucho porque no es tan importante. .
- 2) ya. no camino haciendo ruido con los zapatos porque me compraron unos de goma de gamuza, que no hacen ruido.
- 3) haserme agujeros en las medias ya no los hago porque ando con pantalones y tengo otras entretensiones más divertidas.
- 4) ya no interrumpo, la Bea si.
- 5) levantarme tarde lo sigo haciendo pero trataré de superarlo.
- 6) ya no lo desarreglo tanto; porque cada vez que me meto y desarreglo la Beatriz me reta y me peleo
- 7) Perderme sola toda una noche ya no, porque cuando me voy salgo con la Bea y como no conosco Madrid prefiero no perderme
- 8) mentir ya no
- 9) salirme de la película tampoco
- 10) Bueno en mober la cabeza para que se com-padescan de mi no; tengo otras armas como defenderme.

- 11) aveses sin darme cuenta pongo los codos en la mesa.
  - 12) conserbar la chaqueta en la casa ya no; solo la uso al salir...
  - 13) dormir con ropa de calle tampoco, yo duermo con camizon
  - 14) caminar descalza tampoco, aveses camino con calsetines
  - 15) lia no canto con voz chillona esepto cuando nadie me escucha
  - 16) no cuento tanto mi vida pero si aveses, cuando estoy contenta
  - 17) ya no gasto todo el dinero sin saver en que; solo lo gasto en sigarros y en pocas cosas. Cuando tengo.
  - 18) OLVIDAR COSAS EN LA COSINA EN EL FUEGO  
ya no; me controlo mas
  - 19) los sigarrillos ya los apago en el senisero.
- Bueno termine; algo es algo, estoy contenta; y más animada;  
Bueno mucha suerte y recuerdos de la Bea y míos manda saludos a mis amistades «si tienes tiempo» a Fredy le escribí pero no se si llegó la carta.  
MIL RECUERDOS DE CORAL

**La Habana, 29 de abril de 1977.**

Querida e inolvidable tía Moty:

¿Qué es de tu vida? Yo estoy estudiando por mi cuenta, o sea amigos de Bea me hacen clases en mi casa, de castellano, Historia antigua, matemáticas, etcétera., para cuando vaya a Madrid seguir estudiando en cursos acelerados para poder por fin terminar el secundario. Pensamos con Bea ir a Madrid en junio en barco, pues tenemos ganas de ver a Mary y a la Pilarín. Me alegraron mucho tus últimas noticias, pero me apena que a veces las cartas no lleguen.

Moty, escíbeme y cuéntame o recuérdame cuando es tu cumpleaños.

El grupo de teatro nuestro se suspendió, pues la gente que iba era casada y con niños y no tenían tiempo. Pero he seguido con mis versos, cada día tengo más y más.

Pienso meterme a estudiar guitarra clásica (por música) y canto, pues me será más fácil componer mejor la música de mis versos. Conozco a muchos artistas, que cantan y tocan o pintan; el otro día se hizo un pequeño festival en la plaza, había bastante gente, y a mí se me ocurrió cantar, imagínate... nunca había cantado con un micrófono y me puse nerviosa, pero me animé y canté, me aplau^dieron y me felicitaron mis amigos.

Estoy escribiendo la historia de mi vida, cada día se hace más larga e interesante. ¿Cómo son tus relaciones? ¿Tienes amigos? ¿Cómo está Andrea y María Esther? Mándales saludos, al igual que a Gorgonio y a sus tíos y tía. ¡Ah!, díe a Sergio que me mande algunas líneas, que no sea malo, ¿cómo sigue él? ¿ya tiene otra novia? ¿qué es de Lily? Bueno, he cuidado y cuido mucho todo lo que me regalaste, lo quiero mucho, y es lo único que me ha durado y me durará.

Siempre que te recuerdo me dan ganas de llenarte de besos, de darte felicidad, de sentirte a mi lado, fuerte y segura, orgullosa y contenta, pero en fin, roe conforme con que estés feliz aunque sea sin mí. Pues la felicidad es como las estrellas, aparecen y desaparecen en el alba, cuando sale el sol. Moty, cuando pueda te mando mis versos, te los mandaré todos, son muchos. Te tengo regalitos guardados para cuando nos veamos. No me has contado tus aventuras, me encanta oírlas, así te siento cerca, como amiga, como madre, como tía y

como Moty.

Leopoldo no se ha portado bien, como de costumbre; no nos ha venido a ver, y nos tiene a todos colgados.

He agarrado un acento internacionalista, me lo dice mi profesor de teatro y mis amigas, pues se me ha armado una mezcla en la forma de hablar, una mezcla de chileno, argentino y español, en fin.

Bueno, Moty, escíbeme y cuéntame de tu vida.

¿Cómo está mami Pilar? Mándale mis saludos. Yo sigo aprendiendo y aprendiendo y cada vez mirando con ojos más grandes y sentimientos más grandes la hermosa vida que nos rodea.

Besitos a todos, y para ti invasión de besitos.

Te quiere siempre

Coral.

## EPÍLOGO

«Mi mejor psiquiatra es el tiempo.»

Coral

En noviembre de 1977 aterricé en el aeropuerto de Barajas, en Madrid. Había vendido mi piso, renunciado a mi trabajo y remitido a mi nombre en Barcelona, por vía marítima, algunas cajas conteniendo mis cuadros, discos, ropa y parte de mis libros. En diciembre me instalé en un piso recién alquilado en esa ciudad, sin más posesiones que mi gata y mi perra y las respectivas jaulas de madera en que habían viajado.

Coral, regresada de Cuba y residente en Madrid con su madre y hermanas, vino a compartir conmigo mi primera semana barcelonesa en esas duras condiciones, y leyó y aprobó el texto precedente. En julio de 1978 apareció con sus maletas en mi casa para iniciar una segunda etapa que representa un victorioso y definitivo happy end de esta historia y que, afortunadamente, no justifica la publicación de su relato por ningún hecho sobresaliente más que, desde entonces, la tranquilidad y felicidad que representa para mí «mi vida con Coral»,

Coral siempre escribió poesías. Eran y son la forma de volcar su soledad, como constante, a pesar de la evolución en la forma expresiva que se puede notar en esta selección efectuada en los últimos años. Pero sus poesías no se limitan simplemente a eso; a través de ellas se refleja su innata y profunda pureza, su sed de cariño, su intrínseca honestidad, su «yo» íntimo generoso a pesar de sus actitudes externas de exagerado egoísmo. Coral estaba preocupada por ella misma — es lógico —, pero al mismo tiempo estaba preocupada por la gente, por la Humanidad. No alcanzaba a comprender que la gente no fuera como ella, y por eso tuvo sus duros choques con el mundo. Ahora ya lo comprende, lo acepta. Pero lo acepta como un es y no como un debe ser. Y yo coincidí con ella. Creo sinceramente que nuestra sociedad necesita más Corales.

\* \* \*

## EL TIEMPO

El tiempo es mi mejor amigo, es mi mejor psiquiatra, el tiempo me descubre abiertamente, el tiempo no me perdona, el tiempo es mi corazón muerto, el tiempo es mi único guía, es mi único pensamiento; el tiempo cambia mi historia, el tiempo pare mi futuro, el tiempo siempre es el tiempo, el tiempo es nuestro dueño, pero nosotros no somos dueños de él.  
(1977)

## ADIÓS

Adiós, mis recuerdos agonizan en mis lágrimas que con amor caen al vacío y mis ojos ven la vida como una flor sin sol. Adiós, en mi mente ya no caben los recuerdos juntados. Mi vida de hoy la siento como un sueño sin razón, como un hombre sin dolor, como una sonrisa sin sentido, como un amor vacío, y recuerdo en mi pasado la dulce tristeza de ya no existir; adiós, pero veo que mi corazón sonríe, sonríe porque al fin es libre, es libre de amar, de crear, de construir; es libre... sin trabas que amarguen mi dulce caminar, mi caminar adolescente, sin trabas que destruyan pedazos del tiempo que yo más amo, el tiempo de la adolescencia. No rengo nada, pero también tengo lo más grande, libertad. Adiós, me voy. Al mirar atrás, mi cariño y mi voz se confunden con tu llanto. Madre, ya basta de sufrir. Ya vendrá un nuevo sol. Sé que me espera y me esperará, días, semanas, meses, años, siglos. Amén.  
(1977)

## VIDA MÍA

Vida mía, tú eres todo en mí ser, eres una flor, eres amor, eres tristeza, eres confusión, eres odio, eres despertar; en el fondo nunca te culparé de nada; al contrario, culparé a mi mente por no haber sabido ir hacia tu felicidad; vida mía, sin ti no sería nada, ni flor, ni amor, ni tristeza.  
(1977)

## LA MONOTONÍA

Una nube borra todo, es la nube de la monotonía. Mi poesía está dormida; sólo se despierta por la noche para decirme: no te suicides, hay mucha esperanza en tu camino; pero al ver el pasado muerto, parece que todo estuviera muerto. Vida, espejo de la soledad de un ideal interior.  
(1977)



### LAS MIL PUERTAS DEL ESPÍRITU

El espíritu es la vida que busco, en todas partes,  
 día y noche, pero no lo encuentro,  
 pero por la noche me doy cuenta de que él está dentro  
 de mí,  
 pero no lo veo, lo siento sólo en sueños, sólo lo siento como un ideal, triste y  
 utópico, que nunca llega pero siempre está.

(1977)

### MADRE PEQUEÑA

Madre, qué dulce tu mirada,  
 qué inocencia, qué bondad se asoma por tus ojos,  
 qué mágica diosa te has convertido en mis pensamientos;  
 cuando estoy sola y el silencio se hace por horas eterno,  
 siento que eres más que mi madre,  
 que estás en mi corazón,  
 que eres mi dulzura, mi inteligencia, mi amor.  
 Qué extraña te imagino cuando estás lejos;  
 pero sé que siempre eres la misma; pasen 20 y 30 años,  
 seguirás con tu sonrisa, con tu bondad;  
 tu sufrimiento parece una gran tormenta calurosa,  
 tu tristeza te llevó al fondo de un pozo de agua clara  
 y dulce,  
 donde encuentras consuelo; madre, eres una de las mujeres que sólo se  
 encuentran  
 una vez, no porque seas mi madre, es porque es así.

(1977)

### LA SOLEDAD

La soledad me envuelve en su manto de libertad, y desahogo mis sentimientos y  
 libero mis temores y recuerdos que adentro de mí hay; y parezco una paloma sin  
 rumbo,  
 como todas.  
 Veo que la soledad ha hecho de mí una mujer extraña,  
 veo que me ha ayudado a entender mi tristeza y confusión.  
 Amor, no te conozco, me haces extraña porque quiero conocerte.  
 Tu fuerza me atraviesa, pero no queda dentro de mí.  
 El verdadero amor existe, pero se va como en el alba del amanecer  
 desaparecen las estrellas, como los relámpagos de las tormentas,  
 libres de destruir.

(1977)

## HOY RECUERDO

Hoy lloro el llanto de mil noches, guardadas en mi esperanza vagabunda y perdida. Hoy recuerdo las aventuras de una niña adolescente que estuvo a punto de quitarse la vida. El futuro rasca mis costillas, angustia mis pensamientos, revuelve mi esperanza, ingenuamente confunde mis ideas y luego se marcha hacia el futuro siempre, aunque siempre es hoy.

El futuro es como el viento que juega con mi pelo, pero nunca lo arranca, tienta mis ansias nocturnas y luego se marcha, hacia el futuro siempre, como un sueño sin razón.

(1977)

## LA NIEBLA

La niebla de mis deseos adolescentes me lleva por un camino que sólo tiene un ingenuo sentido interior;

la niebla de mis deseos adolescentes me lleva a lugar alguno, me lleva a correr y a correr, pero el más allá siempre está vacío.

La niebla de mis deseos adolescentes choca con el poder de la realidad.

La niebla de mis deseos adolescentes acaba como el final de un invierno sin sentido y el comienzo de un verano con amor.

Mí adolescencia me ha hecho reír y llorar, llorar por no haber seguido un camino mejor, y reír de mi ingenuidad.

(1977)

## PADRE, GLORIOSO PADRE

Padre, tú me tuviste, pero yo no te tuve a ti;  
sin ti me pierdo en el silencio de la imaginación  
y del gran único amor.

El sol es mi padre, y el viento es el recuerdo que tú te llevaste;

padre, glorioso padre, espejo de mi vida, pero, ¿sabes?, algún día volverás, y en un abrazo querrás

darme todo lo que nunca me diste.

Pero no te culpo, comprendo tus errores adolescentes, castigados por el deseo de vengar una gran pena que al final, después de tantas batallas, dejó una huella en mi ser; así es la vida, así es el amor.

(1978)

## NEBLINAS

¡Qué neblina, qué tristeza arrastra el viento,  
qué confusión,  
qué perdición siento!

Todo está sin amor, todo está sin cariño,  
pero después nace una extraña esperanza  
y uno encuentra un amigo

con el cual conversar, y definir en la cuna de la soledad  
maravillas.

(Enero de 1979)

**SÓLO TÚ**

Sólo tú caes del más allá,  
con tu amor y tu justicia  
y con tu sabiduría perdida en las estrellas,  
cosa triste para esta tierra.  
Sólo tú me acompañas en mis rincones pobres;  
sólo tú, alma de mi ser, eterna en mi confianza  
e incierta para los demás.

(Enero de 1979)

**LLANTO**

Guando eí llanto se desata, nace una nueva esperanza  
oculta,  
nace un nuevo compañero en uno mismo, nace k comprensión de nuestro  
sentido, nace la verdad, que algunos ignoran,

(Enero de 1979)

**CÓMO SOY YO**

Extrovertida, siempre busco algo en la gente.  
Simpática, comprensiva, liberada, despreocupada,  
y me doy cuenta por dónde va la gente.  
Me lie hecho fuerte a palos (es un decir).  
He buscado cosas, amistades, despreocupadamente,  
y he tenido conversaciones interesantes,  
pero luego se acaban y sólo queda el viento;  
y vuelvo a mi soledad psíquica, por decirlo  
así, porque física no lo sé. Me gusta siempre cumplir mis promesas. Soy idealista  
y busco el amor y la claridad, muy confundida por Jas leyes sociales y por las  
costumbres imposibles de destruir.

(Enero de 1979)

**FIN**